

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

todos están muertos

Kelltom McIntire



Los largos dedos de Oscar Bartley sujetaron al ratón, y adaptaron sabiamente el pequeño cartucho sobre el lomo del animalito.

—Así, «Gipsy», así, quietecito. Papá va a sujetar ahora el cartucho con una cinta roja. Espera. Eso es, ya está —murmuraba entre dientes.

Luego Bartley se aproximó a los barrotes, prestó atención durante unos segundos a los ruidos de la galería y al fin depositó al animalito sobre el suelo.



Kelltom McIntire

Todos están muertos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1247

ePub r1.0

Lds 01.06.18

Título original: *Todos están muertos*

Kelltom McIntire, 1974

Cubierta: Enrique Martín

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Los largos dedos de Oscar Bartley sujetaron al ratón, y adaptaron sabiamente el pequeño cartucho sobre el lomo del animalito.

—Así, «Gipsy», así, quietecito. Papá va a sujetar ahora el cartucho con una cinta roja. Espera. Eso es, ya está —murmuraba entre dientes.

Luego Bartley se aproximó a los barrotes, prestó atención durante unos segundos a los ruidos de la galería y al fin depositó al animalito sobre el suelo.

—Vete, «Gipsy». Tú sabes dónde está el queso. ¡Corre hacia la celda de Houlton! —murmuró.

El ratón pasó entre los barrotes, dio una corta carrerita a la derecha, y se detuvo. Movía levemente el hocico, como si algún recóndito aroma hubiera sido detectado por su olfato.

—Vamos, «Gipsy». Tú puedes encontrar el queso. A la tarde... a la tarde, papá tendrá un hermoso trozo de queso para ti, ¡precioso! ¡Vete ahora!

Como si pudiera entender las palabras de Bartley, el animalito corrió hacia la izquierda y desapareció.

Bartley se puso en pie con dificultad y volvió despacio y renqueando a su camastro.

La humedad de la prisión le tenía casi baldado. Oh, aquellas odiosas mañanas de invierno... Sonaba la sirena, los vigilantes recorrían las celdas y obligaban a los presos a abandonar el lecho. Siempre vociferantes, siempre groseros, utilizando rudas palabras y desagradables modales.

Bartley no era joven ya. Sus cincuenta y cinco años estaban llenos de prematuros achaques. ¿Cómo aguantar otros diez años en la prisión?

Bartley estaba seguro de que no lo resistiría.

—Mala comida, malos tratos, ninguna comodidad, frío, humedad, miseria... —murmuró, al tiempo que se dejaba caer lentamente sobre el camastro.

Oscar Bartley soñaba despierto cada mañana. El sueño de su vida aparecía nítidamente ante él: una hermosa y cómoda mansión, criados de librea, un gran baño de mármol verde, perfumes... Un grande y flamante automóvil de veinte mil dólares, un chófer amable abriéndole la portezuela; excelentes trajes, hechos a la medida, una bodega repleta de vinos añejos, y licores de precio...

Abrió los ojos y movió la cabeza tristemente.

La realidad no podía ser más cruda. Alrededor de él, los tres muros de la celda, limitados por la reja de barrotes metálicos que sólo se movía dos veces al día para poner en sus manos un plato de maloliente rancho.

Odiaba todo lo que le rodeaba. Porque aunque Oscar Bartley no era sino un miserable presidiario, siempre se había considerado un hombre refinado.

El invierno terminaba ya, afortunadamente para él. Sus vías respiratorias no aguantarían un invierno más.

Apenas acababa de recuperarse de una pulmonía que le había puesto en peligro de muerte. ¿Cómo evitar la seca tos, la fiebre y la debilidad, en aquella celda cuyos muros de ladrillos rezumaban en invierno?

—No habrá más invierno —dijo de repente, con ira, poniéndose en pie.

Su esqueleto rechinó como un mueble oxidado.

A pesar de ello, sonrió y se dirigió al grifo del lavabo. Tomó un vaso de plástico y vertió en él un poco de agua.

Lo elevó ligeramente, simuló que miraba, complacido, la transparencia de un licor que no existía, y se llevó el vaso a los labios.

Luego chasqueó levemente la lengua contra el paladar..., y elevó los ojos al cielo.

—Nada como una copa de jerez para abrir el apetito —murmuró.

Una risotada le obligó a volverse.

Tras los barrotes estaba Johnson, uno de los vigilantes.

—Estás loco, Bartley —rió Johnson—. Loco de atar. Un día cualquiera tendrán que llevarte al manicomio.

Bartley le miró fríamente.

—Nadie podrá llevarme a un manicomio, señor Johnson. Estoy en mis cabales. Jamás mi mente se encontró más lúcida —dijo con voz engolada.

El vigilante volvió a reír.

—No quieres comprenderlo, Bartley. Tu cerebro se ha ido resecando como una ciruela puesta al sol. Hablas con imaginarios mayordomos, ordenas a un chófer que se llama Matthews que te lleve al zoológico, invitas a diario a un tal lord Swanson a un almuerzo, repartes invisibles invitaciones para un imaginario cóctel... Créeme, Bartley, no es éste tu sitio, sino el sanatorio para enfermos mentales. Tal vez, un día te abra la celda con destino al manicomio...

Las facciones de Bartley se habían ido endureciendo, al compás de las palabras del guardián.

Súbitamente, se abalanzó sobre los barrotes e intentó agarrar a Johnson con sus manos.

—¡Maldito, maldito, mil veces maldito! ¡No estoy loco, no! Pero todos envidiáis mis dotes, mi refinamiento, mi inteligencia —gritó.

Johnson no le golpeó con su «quebranta-huesos», como hubiera hecho con otro preso cualquiera.

Se limitó a evitar la embestida de Bartley y siguió riendo estruendosamente, como si el violento estallido del recluso le divirtiera mucho.

Poco a poco, Bartley fue calmándose. Luego alzó los ojos, miró a Johnson y dijo calmosamente:

—Tiene razón, vigilante. Un día se abrirá esta reja. Pero se equivoca si piensa que iré al manicomio. ¡Me espera la libertad!

—¡Ja, ja, ja!... No tienes arreglo, Bartley. ¿Cómo puedes engañarte con todas esas fantasías? Sabes de sobra que tendrás que cumplir diez años más, día a día. Recuérdalo, Bartley: mataste a tres personas. La bomba que colocaste en Madison Park hirió a una docena de personas y acabó con tres de ellas...

Johnson se echó la gorra adelante para rascarse la nuca y añadió, pensativo:

—Un asesinato colectivo, estúpido, sin justificación. Siempre me

he preguntado por qué pusiste aquella bomba en el zoológico...

Bartley rió levemente. Le brillaban los ojos como si las palabras de Johnson hubieran traído a su memoria recuerdos muy agradables.

—Fue un accidente —dijo al fin, como si hablase consigo mismo—. Me refiero al hecho de que murieran tres personas y resultaran heridas otras. Yo sólo quería matar a uno...

—¡Ja, ja!... ¡Sólo querías matar a uno!... Pero ¿por qué? —preguntó el guardián, con burla.

—Se llamaba Stockman. Y odiaba a los animales. Se acercaba a la jaula de los monos y los martirizaba con la contera de su bastón. Disimuladamente, arrojaba a los animalitos comida que contenía pequeñas dosis de veneno. Porque Stockman era farmacéutico. Y estaba loco. Odiaba a los caimanes, a los reptiles, odiaba a todos los animales del parque... Murieron muchos. Los animales suelen morir de tristeza en cautividad, y por eso aquellos «asesinatos» no levantaron sospechas entre los veterinarios y cuidadores del zoológico. Pero yo estaba cada mañana tras él y le vigilaba. Por eso le maté, por eso quité del mundo a Stockman: gozaba martirizando y matando a los animalitos.

Johnson advirtió que el presidiario había cerrado los ojos y hablaba con innegable pasión.

—Sí, tú eras un especialista en ingenios explosivos, Bartley. Pero cuenta, cuenta, ¿cómo lo hiciste? —preguntó el guardián, más interesado a cada momento.

—Fue muy fácil. Aquel canalla se detenía cada mañana ante el lago artificial de los hipopótamos. Siempre en el mismo sitio, ni un milímetro más allá ni más acá. Llegaba también a la misma hora: las doce en punto de la mañana. Miraba, desconfiado, a todas partes, y luego se dedicaba a martirizar a los animales.

Pues bien: fue sencillísimo. Sólo tuve que fabricar en casa un mecanismo de ignición por presión. Lo conecté a un buen puñado de *plastic*^[1] y lo enterré aquella mañana bajo tierra, diez minutos antes de que llegara Stockman. Por desgracia, algunas personas advirtieron que el canalla estaba maltratando a los animales y se acercaron al lago para recriminarle. Entonces estalló la bomba y...

—¿Cómo supo la policía que tú habías puesto aquella bomba? —preguntó Johnson, muy excitado.

Bartley movió la cabeza con tristeza.

—Mi fama me perdió, eso es todo. ¿Quién podía haber fabricado un mecanismo tan ingenioso? Sólo existía un especialista fichado por la policía: yo. Me detuvieron. En principio, resistí. Pero no me permitieron dormir. Me sacaban del calabozo a medianoche, cuando apenas acababa de conciliar el sueño. Seis detectives se turnaban para interrogarme. ¡Preguntas, preguntas, preguntas, miles de preguntas! Durante tres noches me presionaron sin cesar. Llegó un momento en que hubiera dado media vida por poder dormir unas horas. De modo que tuve que confesar...

—¡Es absurdo! ¿No fue examinado por los psiquiatras?

—Es cierto. Durante una semana me sentí observado como un mono por aquellos imbéciles. Me esforcé en demostrarles que mis facultades mentales estaban en equilibrio. Y lo conseguí.

Johnson expelió con fuerza el aire contenido en sus pulmones y soltó una risotada.

—A pesar del dictamen de los psiquiatras, Bartley, sigo pensando que estás absolutamente loco —exclamó luego.

Oscar siguió aferrado a los barrotes hasta que Johnson se perdió de vista, volteando su porra.

Poco después, Bartley escuchaba el chirrido de las ruedas del carrito en que era repartido el rancho.

CAPÍTULO II

La galería permanecía en absoluto silencio.

Bartley estaba sentado sobre el borde de su camastro, murmurando algo en voz baja.

De repente, se puso en pie y simuló consultar la hora en un imaginario reloj de pulsera.

—Está bien, Matthews, puedes sacar el «Rolls» —dijo con voz enérgica—. Es la hora de dar mi acostumbrado paseo. ¿Hacia dónde, preguntas? Daremos una vuelta a lo largo de Lincoln Avenue y luego nos detendremos en el club. Tal vez me anime a visitar a la vieja *lady* Asquith, más tarde.

Mientras hablaba, había alzado la almohada y partía un pedazo de queso en trozos pequeños, que fue dejando en el suelo, muy cerca de la reja.

No pasaron muchos minutos antes de que el ratoncillo apareciese en la galería. Tras leve indecisión, el animalillo corrió, veloz, a través de los barrotes y se detuvo ante uno de los trozos de queso, que comenzó a devorar inmediatamente.

—Ah, pero si es mi pequeño «Gipsy». A ver, déjame verte. ¿Qué dice nuestro amigo Brett Houlton? —preguntó afectuosamente Bartley.

Se inclinó lentamente y tomó al ratoncillo en sus manos. Con un leve tirón soltó la cinta que aseguraba el pequeño cartucho al lomo del animal.

—Anda, pillastre, come cuanto quieras. Papá te guardó el mejor trozo de queso —dijo.

Y depositó al ratón sobre el suelo.

Unos pasos ridículamente presurosos le llevaron hasta la reja. Convencido de que el vigilante estaba en su cabina, Bartley volvió a

su cama y extrajo cuidadosamente la nota introducida en el cilindro.

Sus dedos temblaron cuando desarrugó el papel y empezó a leer:

«Estoy de acuerdo, Bartley. Abandonaré la prisión a las diez de la mañana. Estoy seguro de que a Shigow le interesará tu colaboración. Y si es así, nada tienes que temer: te ayudaremos a escapar. No te extrañes si dentro de unos días te llevan al locutorio para comunicar con tu primo Ebenezer Bartley: será uno de los nuestros, que te dará instrucciones concretas. Confía en mí: cuentas con mi ayuda. Ahora rompe esta nota y tírala al *water*».

Bartley volvió a leer la nota por segunda vez. Se sentía muy nervioso y excitado, pero no siguió las instrucciones de Houlton, sino que hizo una bola con el pequeño papel, se la metió en la boca, la humedeció y se la tragó con un poco de agua.

Luego volvió junto a la reja, frotándose las manos. Se inclinó y acarició a «Gipsy», que seguía masticando el queso a placer.

—Tal vez pronto tenga que abandonarte, mi pequeño «Gipsy». Créelo: sentiré mucho tener que separarme de ti. Eres inteligente, rápido y despierto, y me has ayudado mucho. Pero papá no podría resistir aquí un nuevo invierno; lo comprendes, ¿no es cierto? —murmuró.

Media hora después sonó un toque de sirena, y Bartley se metió en la cama.

—Dentro de poco, ¡dentro de poco estaré fuera de estos muros! —se dijo.

Alzó una mano, en un gesto de saludo dirigido a «Gipsy», que seguía con su queso, y se tapó la cabeza con las mantas.

* * *

Dos semanas más tarde, un automóvil abandonaba la penitenciaría del Estado.

Era una ambulancia grande y cómoda. Junto al conductor se sentaba el vigilante Johnson.

—¡Pobre viejo! —murmuró el conductor, poco después de que el vehículo abandonase la desierta avenida que llevaba a la prisión—. No debe ser muy agradable salir de la penitenciaría para ingresar en un manicomio.

—¿Te refieres a Bartley? —preguntó burlonamente Johnson—. No esperarías que lo fueran a llevar a un balneario, después de lo que hizo. Ese viejo siempre había estado loco como una cabra, pero en realidad era pacífico y a nadie molestaban sus locuras. Pero a lo largo de las dos últimas semanas pareció recrudecerse su locura. Y ahora que pienso..., creo que cambió de actitud a partir de la visita de su primo, el anciano Ebenezer.

Johnson sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a su compañero, que lo rechazó con un gesto.

Aspiró con fuerza el humo y giró la cabeza para vigilar al preso, a través de la ventanilla.

—¿Ves esto, Marcy? —preguntó luego, señalándose el cuello donde aparecía un profundo araño—. El viejo chivo se abalanzó sobre mí, hace pocos días. Me atacó con el cabo de una cuchara, que había afilado pacientemente sobre los ladrillos de su celda. A Gulman le arrojó un plato de comida hirviendo al rostro y al vigilante Bartow intentó estrangularlo. ¿Sigues compadeciéndote de él ahora?

Por toda respuesta, Marcy movió la cabeza con lentitud.

A pesar de todo, seguía experimentando piedad por Oscar Bartley. No, no era muy agradable ser sepultado en un manicomio a los cincuenta y cinco años.

Sabía que el alcaide de la penitenciaría se había resistido a presentar ante las autoridades una petición de ingreso en un centro psiquiátrico, pero el informe del doctor Hobson había resultado decisivo: según él, Bartley suponía un peligro cierto, tanto para vigilantes como para sus compañeros recluidos.

La ambulancia se detuvo ante el *stop* de acceso a la carretera.

—Una mañana desagradable —murmuró, mirando a Johnson—. Hace frío intenso y la niebla lo envuelve todo. ¡Ojalá no tengamos un accidente! Hay demasiado tránsito de vehículos.

—Bah —respondió Johnson, despectivo—. Tú eres un buen

conductor, Marcy. Por otra parte, prefiero hacer este servicio que estar en la prisión. Adelante, la carretera está despejada...

Marcy embragó, aceleró y alcanzó su derecha. Poco después, la ambulancia avanzaba a través de la densa niebla. Los faros del automóvil apenas bastaban para abrir unos metros de camino.

Habrían avanzado cuatro o cinco kilómetros, cuando sonó tras ellos aquel alarido.

Johnson se volvió inmediatamente hacia la ventanilla y palideció: Bartley se debatía sobre el piso del vehículo con el rostro amoratado. Sus manos aprisionaban su cuello frenéticamente, como si pretendieran apartar unas invisibles garras que trataran de ahogarle.

—¡Detente, Marcy! —gritó Johnson, volviéndose hacia su compañero.

—Pero..., ¿qué diablos ocurre?

—Bartley parece haber sufrido un ataque. Frena y busca un lugar a propósito para estacionar. ¡Ese maldito viejo...! —Gruñó Johnson, disgustado.

Marcy frenó con precauciones, puso el intermitente de la derecha y se detuvo suavemente sobre el enarenado arcén.

Johnson fue el primero en bajar, pero el conductor le siguió inmediatamente.

Sólo entonces pudo advertir Johnson los faros de aquel automóvil que acababa de frenar bruscamente tras la ambulancia.

Ya se disponía a abrir la puerta trasera de la ambulancia, cuando tres sombras avanzaron hacia él.

Algo sospechoso debió ver Johnson en ello, puesto que apresuradamente buscó su revólver de reglamento y gritó su aviso:

—¡Cuidado, Marcy!

Antes de que hubiera podido esgrimir el revólver, uno de los hombres saltó sobre él y le derribó de un culatazo.

Por su parte, Marcy tropezó de improviso con el cañón de una metralleta y elevó los brazos en silencio, desorbitados los ojos.

—La llave —exigió aquel hombre.

Marcy señaló el cuerpo inmóvil de Johnson.

—El... la tiene él —tartamudeó.

El hombre se inclinó sobre Johnson y le registró. Atónito, Marcy comprobó que los tres desconocidos cubrían sus rostros con medias

de nilón, que borrraban absolutamente sus facciones.

Un momento después, la puerta estaba abierta y Bartley saltaba alegremente al suelo.

—¡Je, je! —rió, mirando a Marcy con burla—. ¿Conque loco, eh? ¡Estúpidos! Por desgracia para vosotros, no tendréis oportunidad para contarlo. «Pobre viejo loco, pobre viejo loco» —gruñó, remedando el acento de Marcy—. No podíais comprender que mis accesos de furia no eran otra cosa que la comedia que me permitiría salir de la penitenciaría.

—Está bien, Bartley —dijo uno de los enmascarados—. Apártate ahora.

Marcy se estremeció.

—¿Qué..., qué se proponen hacer? ¡No..., no estarán pensando en... matamos...!

El hombre que había hablado a Bartley se acercó a él, apoyó el cañón de su revólver en el pecho del conductor y disparó dos veces a quemarropa.

—Acertaste, amigo —dijo aquel individuo con indiferencia.

Guardó el revólver en el bolsillo, tomó a Marcy por la cintura y lo arrojó al interior de la ambulancia, todavía agonizante.

Otros dos disparos sordos resonaron muy cerca. Johnson, cuyas entrañas acababan de ser penetradas por el plomo, se movió apenas sobre el suelo y dejó de existir.

—¡Brett, Brett! —murmuró Bartley, aproximándose a uno de los hombres—. Debemos huir. Uno de esos camioneros puede detenerse a curiosear y...

—Descuida, viejo —le respondieron—. Todo está previsto.

El cadáver de Johnson fue a reunirse con el de su compañero en la parte posterior de la ambulancia.

—Sube a la ambulancia, Harry —ordenó Houlton— a unas dos millas de aquí, un camino que se separa de la carretera va a parar al río. Arranca, te seguiremos.

Minutos después, la ambulancia continuaba su camino. El automóvil gris la siguió a poca distancia.

Luego, el intermitente derecho de la ambulancia destelló en medio de la niebla y los dos vehículos rodaron sobre el firme irregular de un camino que descendía en aguda pendiente.

Llegados al borde del río, los dos automóviles se detuvieron, y

los hombres bajaron a tierra.

La niebla era más espesa aún, en aquel lugar. Ni siquiera los faros de los camiones que debían cruzar el puente, unos trescientos metros aguas abajo, eran visibles.

Bartley avanzó unos pasos, hasta que el grito de aviso sonó a sus espaldas.

—¡Cuidado, Bartley! ¡Hay un talud profundo a pocos metros!

Bartley se detuvo y adelantó un pie con precaución. Algunos guijarros se desprendieron y resonaron extrañamente al hundirse en el agua.

—El río es muy profundo aquí —dijo Houlton, acercándose—. Bajaremos todos los cristales de las ventanillas de la ambulancia y la empujaremos hacia el río. Se hundirá rápidamente, de modo que pasarán muchos días antes de que la descubran. ¡Vamos, aprisa, hace frío aquí!

Retrocedieron. Siguiendo las instrucciones de Houlton, los hombres bajaron los cristales y luego empujaron el coche.

También Bartley unía sus fuerzas a los de aquellos asesinos para sepultar en las profundas aguas del río a los dos vigilantes.

Los neumáticos se deslizaron sobre los guijarros, y luego las ruedas delanteras perdieron apoyo.

En el último momento, antes de que la ambulancia desapareciera en el vacío gris, Bartley hubiera jurado que acababa de sonar un gemido en el interior del vehículo sanitario.

Sin embargo, no hizo el menor comentario.

Brett se libró entonces del trozo de media que le servía de máscara y tomó a Bartley del brazo.

—¿Qué tal, viejo? Como verás, todo ha salido perfecto. He cumplido mi palabra: eres libre. Ahora iremos a ver a Shigow. El nos está esperando —dijo, palmeándole la espalda.

—De acuerdo, vayamos. Tengo frío. ¡Este repelente lugar...!

Penetraron en el coche. Uno de los compañeros de Houlton se sentó tras el volante e hizo retroceder al vehículo hasta que dispuso de suficiente espacio para dar la vuelta.

Minutos después, el automóvil alcanzaba la carretera y se dirigía a la ciudad, a velocidad moderada.

Bartley no miró una sola vez atrás. Tampoco retrocedió su pensamiento, para recordar a Marcy y Johnson. Aunque fuera muy

desagradable llegar a ciertos extremos, el fin justificaba los medios. Y este fin era su libertad. Para Bartley había terminado la negra amenaza de los diez años de prisión que se cernían sobre él.

CAPÍTULO III

—Es ahí —dijo Milton Shigow, señalando el edificio que se alzaba al otro lado de la avenida.

Los ojos de Bartley, cubiertos por gafas oscuras, examinaron con atención los altos muros de hormigón que rodeaban el edificio.

Las instalaciones eran propiedad de la Marton Jeweler Corp, la más importante asociación de joyeros dedicados a la talla de piedras preciosas.

—Observa la puerta lateral derecha, Bartley —dijo el elegante Milton Shigow—. Es la puerta del garaje. Hay una plataforma en el piso de hormigón. Aparentemente, se trata de un elevador hidráulico de vehículos, de los que existen en todos los talleres de engrase...

—¿No lo es? —preguntó Bartley, intrigado.

—No. Es un montacargas que baja hasta la planta tres-subsótano. Sirve para transportar las cajas que contienen diamantes en bruto hasta la cámara acorazada de la subplanta tres. En la cámara se guardan también miles de perfectas piedras, ya talladas...

—Muy interesante. No veo gran dificultad —observó Bartley, que vestía un excelente gabán de paño y se cubría con un sombrero gris.

Milton Shigow rió burlonamente.

—¿Eso crees? La puerta de la cámara acorazada tiene un espesor de un metro, y está fabricada en acero al cromo-vanadio, que resistiría a cualquier explosivo.

Bartley le miró, asombrado, a través de sus gafas.

—Entonces..., ¿para qué me necesitas, si parece estar tan seguro de que esa puerta es absolutamente inexpugnable? —preguntó.

Shigow dejó sonar una risita.

—Escucha, Bartley: no te hubiera sacado de la penitenciaría si no estuviese seguro de que tú puedes ayudarme —confesó con cinismo—. Jamás he estado más allá de los muros de ese edificio, pero conozco centímetro a centímetro las instalaciones. No es necesario que te diga cómo he conseguido la información; lo importante es que la poseo. Déjame hablar, Bartley. La Marton Jeweler Corp, conoce muy bien el valor de las gemas que guarda en su cámara acorazada y por eso ha rodeado su *stock* de todas las seguridades posibles. La puerta de la cámara sólo se abre una vez cada veinticuatro horas, gracias a su mecanismo de relojería. No existe, por tanto, combinación ni llaves capaces de abrirla. Por lo demás, durante el día, la cámara sólo es susceptible de abrirse a las doce del mediodía, sería imposible llegar hasta allí. A esa hora, una docena de vigilantes armados de metralletas ocupan todos los accesos. Por lo demás, todos los obreros están armados. Un asalto a esas horas fracasaría necesariamente.

—Lo pintas todo tan negro, que me parece una tontería ocuparse de ello siquiera —le interrumpió Bartley, impaciente.

Pero Shigow le impuso silencio con un ademán.

—En realidad, hay pocas cosas imposibles, amigo mío. Robar las gemas de la Marton resultará difícil, pero yo estoy decidido a intentarlo. Presta atención, Bartley: el valor de las gemas talladas, el único botín interesante que suele haber en la cámara acorazada, sube a... cien millones de dólares. Perderemos mucho dinero al venderlas, quizá un sesenta o setenta por ciento, probablemente. Incluso así, podríamos obtener unos... treinta millones de dólares. ¿Crees que vale la pena intentarlo?

Esperó unos instantes a recibir la respuesta de Bartley, cuya respiración se había acelerado mucho. También Brett Houlton les miraba desde su puesto, tras el volante, con los ojos relucientes de codicia.

La voz de Bartley sonó ronca al responder:

—Por ese dinero vale la pena exponerse a todo, incluso a morir. Shigow rió alegremente.

—No será necesario tanto, aunque reconozco que correremos un gran riesgo. Y ahora, Brett, volvamos a casa —dijo, volviéndose a mirar a Bartley—. Sólo te he traído aquí para que reconozcas el

lugar donde yace el más fabuloso tesoro que puedas imaginar.

El automóvil se puso en marcha y desapareció al final de la avenida.

Veinte minutos más tarde, los tres hombres se apeaban ante un viejo edificio ruinoso.

La casa tenía el aspecto de un antiguo taller, y sus muros estaban cubiertos de hollín. Había un patio lleno de montones de vigas desechadas y de otros desperdicios. Las ortigas y los cardos brotaban por todas partes.

—¿Por qué me has traído aquí, Milton? —preguntó Bartley, disgustado—. Este horrible lugar parece un cementerio.

—Justo el lugar que necesitamos para vivir. Aquí nadie se acercará a curiosear ni a hacer preguntas. Por lo demás, el edificio cuenta con un gran sótano, en el que podremos operar sin testigos de vista. Hemos arreglado dos o tres habitaciones. Podremos resistir, Bartley —explicó Shigow.

Brett introdujo el «Buick» en el patio, en cuanto la vieja puerta de madera estuvo abierta.

Cerrada ésta, los tres hombres cruzaron el patio y penetraron en el ruinoso edificio a través de la puerta cubierta por un porche donde crecía, abundante, la yedra.

Avanzaron por un pasillo, y Shigow empujó una puerta.

Cuando Bartley penetró tras Houlton, advirtió que Milton abrazaba apasionadamente a una mujer.

Era una mujer morena de unos treinta y cinco años, aunque muy atractiva todavía.

En cuanto la hubo visto, Bartley arrugó el ceño.

—No me habías hablado de ello, Milton —gruñó.

—¿Te refieres a Eva? —inquirió Shigow, volviéndose—. En verdad, no había venido a cuento. Acércate. Ella es Eva Hunter. El hombre que tienes ante ti, Eva, es Oscar Bartley.

Bartley se sintió observado admirativamente por un par de grandes ojos verdes. Mirándola ahora de arriba abajo, tuvo que reconocer que Eva Hunter tenía un cuerpo muy bien formado, unas piernas muy lindas y un busto mareante.

Sin embargo, Bartley no parecía muy alegre.

—Siempre he preferido que las mujeres quedasen al margen, cuando se trata de «negocios», Milton —confesó con frialdad.

—¿Eva? No tienes que temer. Es discreta y poco habladora. Ella preparará nuestra comida y traerá a esta casa todo lo necesario.

—A pesar de ello. Nosotros podremos hacernos nuestra propia comida. Escucha, Milton: será mejor que la despidas.

Las facciones de Shigow se endurecieron y sus ojos oscuros destellaron, coléricos.

Sin embargo, Shigow debía ejercer un gran control sobre sus sentimientos, porque enseguida se borró aquella expresión. Acercándose a Bartley, extendió las manos en un gesto apaciguador.

—Vamos, vamos, Bartley. Lo que pides no es razonable. Eva tiene tanto o más derecho que tú a estar aquí.

—¿Por qué?

—No pensaba decírtelo, pero lo haré; gracias a ella conozco palmo a palmo las instalaciones de la Marton. Es más, sin Eva jamás conseguiríamos dar ese golpe, ¿vas comprendiendo?

Bartley se libró de las gafas y miró a la mujer con curiosidad.

—¿Quieres decir que ella... trabaja en la empresa? —preguntó.

—Así es. Y ahora, sentémonos. Hay muchas cosas que puntualizar. ¿Quieres preparar café, querida?

Bartley se despojó de su elegante gabán y lo dejó sobre el respaldo de una silla.

Una gran estufa de gas ardía más allá de la mesa redonda, por lo que el ambiente era cálido y acogedor en un día tan frío.

—Veamos —gruñó—. ¿Cuál es el medio que has escogido para llegar hasta las gemas, Milton?

Shigow aproximó su silla a la de Bartley y sacó un paquete de cigarrillos.

—Es complicado —confesó, tras arrojar una bocanada de humo al aire—. Se me ocurrió cuando Eva confesó que había escuchado un rumor extraño dentro de la cámara. Ella es una de las mejores tallistas de la empresa. Además, en varias ocasiones ha bajado a la cámara para obtener una nueva remesa de piedras en bruto.

—¿Has dicho que escuchó un... rumor? —preguntó ávidamente Bartley.

—Sí. Ella pensó que se trataba de una corriente de agua, desplazándose bajo el piso de la cámara. Pensé en ello y llegué a una deducción: era muy posible que cruzase una alcantarilla bajo el piso de la cámara acorazada. Me ha llevado mucho tiempo llegar a

tal seguridad. Tuve que sobornar a un empleado municipal, al que di la excusa de que me proponía adquirir un solar para construir una fábrica. Fingí que me interesaba cerciorarme de que las aguas residuales de «mi fábrica iban a tener fácil salida». En fin..., hoy sé que es cierto; bajo la cámara acorazada de la Marton pasa un colector de metro y medio de diámetro. Ésa sería la vía idónea para llevar a cabo nuestro plan.

Oyéndole, Bartley se estremeció de asco.

—¡Una cloaca! —murmuró—. No me arrastraría por una de esas alcantarillas por nada del mundo. No, no podría resistirlo. ¿Es necesario? Por mi parte, pienso que sería más adecuado introducirse en la cámara a través del montacargas...

Milton le miró con lástima.

—Vamos, sé razonable, Bartley. Jamás podríamos penetrar por el montacargas. La puerta del garaje es metálica, a prueba de palanquetas o sopletes. Si la volásemos con explosivos, caeríamos en manos de la policía en menos de diez minutos.

—No lo entiendo. ¿Por qué razón?

—No lo sabes todo, Bartley. Será mejor que te entere de ello. Una explosión en la superficie, atraería inmediatamente a los dos vigilantes nocturnos.

—¿Y qué? Treinta millones de dólares son suficiente razón para quitar del medio a quien sea.

—Es posible, pero no en este caso —respondió rápidamente Milton Shigow—. Los vigilantes tienen la obligación de llamar cada quince minutos al más próximo cuartel de policía. Si disparamos, no podrán llamar, y un retén de policías volaría hacia aquí. No tendríamos tiempo para nada. Ni siquiera queda el recurso de llamar por teléfono al cuartel, simulando que llama uno de los vigilantes, porque sólo ellos conocen la consigna, que, por otra parte, es distinta para cada noche, ¿comprendes?

Bartley asintió de una cabezada. No parecía muy satisfecho.

Eva puso una bandeja en la mesa, distribuyó tazas y sirvió el café a los tres hombres.

Bartley tosió secamente cuando le llegó el humo del cigarrillo que fumaba Shigow.

—Por tanto —continuó éste—, sólo queda la cloaca. Es la solución más segura. La explosión romperá la losa de hormigón del

piso y apenas trascenderá a la superficie.

Bartley movió la cabeza, pesimista.

—No sé. ¿Cómo sabes que podremos volar esa capa de hormigón?

Houlton rió brevemente. Era joven, y la sea de aventuras le mantenía en estado de continua tensión.

—Hay un tipo en la Marton muy hablador. Se trata del ingeniero de mantenimiento y conservación de las instalaciones. Se llama Morris y se muestra tan orgulloso del sistema de seguridad del edificio, que no es raro que enseñe frecuentemente a distinguidos visitantes el plano de la cámara acorazada. Gracias a ello, Eva pudo sacar una excelente fotografía. A la vista de ella, Milton dedujo que el grosor de la losa del piso de la cámara es al menos tres veces más delgada que los muros. El subsuelo es rocoso, de pizarra, y el arquitecto juzgó que no era necesario darle más consistencia —explicó Houlton, muy excitado.

—Ésa es la verdad —puntualizó Milton Shigow—. Por otra parte, entre el piso de la cámara y la cloaca no deben existir más de dos metros de espesor. Ahí en donde entras tú, Bartley. Ni Houlton ni yo sabemos una palabra de explosivos. Si voy a ser sincero, ya empiezo a sentirme nervioso hablando de ello: detesto esos artilugios capaces de despedazar a un hombre. Pero tú sí sabes. Eres el más hábil dinamitero del mundo, Bartley. Penetraremos en esa cloaca y decidirás el medio para volar esos dos metros de espesor que separan la cloaca de la cámara acorazada.

Bartley volvió a estremecerse.

—Ni lo penséis. Siento una repugnancia infinita hacia las cloacas, hacia esas aguas hediondas que circulan por ellas. Creedlo, no sería capaz de hacerlo. Por otra parte, padezco de claustrofobia —denegó.

—¿Claustrofobia? —preguntó Houlton, enarcando una ceja—. ¿Qué es eso?

—Horror a los espacios cerrados, limitados —respondió Shigow, burlón—. Bartley padece de claustrofobia... incluso cuando hay treinta millones de dólares al alcance de su mano. ¿No te parece absurdo, Brett? Me parece recordar que no hace muchos minutos aseguró que treinta millones eran suficiente razón incluso para exponer la vida.

Houlton arrimó su silla a la de Bartley. Eva Hunter aguardaba, expectante, junto a la estufa, manteniendo en alto su taza de café.

—Escucha, viejo —empezó pacientemente Houlton—. Debes recordar algo: te hubieras podrido en la prisión o en el manicomio si nosotros no hubiéramos decidido salvarte.

—Sí —admitió—. Pero lo hicisteis porque os convenía.

—De acuerdo. Pero ahora, además, ponemos a tu disposición la oportunidad de ganar una cantidad con la que nunca habías soñado. Recuérдалo: tú siempre soñaste con vivir a lo grande: mansiones lujosas, ambiente distinguido, grandes fiestas...

Escuchando las palabras de Houlton, Bartley pareció animarse, cobrar nuevas fuerzas.

—Ni tú ni yo hubiéramos podido nunca realizar un plan tan ambicioso —siguió Houlton, poniendo convicción en sus palabras—. No poseemos un centavo. Por su parte, Milton ha invertido mucho dinero en este asunto, pero aún tendrá que desembolsar más; necesitaremos modernos equipos de oxígeno, trajes especiales, armas, explosivos. Créeme, no tienes nada que temer, porque Milton lo ha previsto todo con gran inteligencia. No correremos el menor riesgo en nuestra incursión en las cloacas. Iremos cubiertos con resistentes trajes de caucho de hombre-rana y ni siquiera será necesario aguantar la pestilencia de los olores de las aguas negras, porque nuestros equipos de inmersión nos facilitarán suficiente oxígeno.

—Eso es otra cosa. Creí que tendríamos que chapotear sobre esas aguas podridas —le interrumpió Bartley.

—¿Qué creías? Tampoco a nosotros nos resulta agradable hacer el trabajo en una cloaca, pero iremos bien protegidos. Tú tienes la última palabra. ¿Crees que será posible volar esos dos metros de roca sin que perezcamos destrozados?

Bartley alzó de repente la cabeza y soltó una risita aguda.

—¡Yo sé cómo hacerlo! —exclamó luego, con los ojos brillantes como ascuas.

CAPÍTULO IV

Las manecillas del reloj sumergible de Houlton señalaban las tres de la madrugada.

—Los clavos —pidió a Bartley, que trabajaba con el visor sobre sus ojos y el tubo del oxígeno entre los dientes.

Tuvo que ser Milton el que le tendiera los clavos de acero, ya que Bartley no pareció darse por aludido.

Se mantenían en una situación precaria, sujetándose con pies y manos en tensión a las curvas paredes del colector, porque hasta la altura de su cintura les empujaba la viva corriente de las aguas negras.

Pronto, sin embargo, Houlton afianzó los clavos en el hormigón y los tres hombres pudieron sujetarse a la pared mediante finos cordeles de nilón.

El ambiente era húmedo y pestilente, pero Milton y Houlton preferían no agotar las cargas de sus balones de oxígeno. Inútilmente habían insistido para que Bartley hiciera lo propio: el «viejo» sentía demasiada repugnancia hacia el medio que le rodeaba para librarse de su visor y de su tubo de oxígeno.

Las linternas sujetas sobre sus frentes arrojaban dedos luminosos sobre el húmedo hormigón.

Houlton desenfundó rápidamente el martillo neumático, enrolló el cable de arranque y tiró con fuerza. Inmediatamente, el motor petardeó con fuerza.

Elevó el aparato y aplicó el martillo en la bóveda, justamente sobre la marca que Milton había hecho con tiza coloreada.

Los cascotes comenzaron a caer sobre su rostro y fue preciso que Houlton se adaptase el visor para proteger sus ojos.

Cinco minutos después, había abierto un agujero de ocho

centímetros de diámetro por veinte de profundidad. Entonces, Houlton detuvo el movimiento del martillo y cambió la lanza, adaptando una de un metro de longitud.

Milton, que sujetaba a Houlton, se volvió al notar que Bartley le golpeaba en la espalda.

—¿Qué diablos...? —murmuró, molesto.

—¡El agua! —exclamó Bartley, quitándose el tubo de entre los labios—. ¡El nivel de las aguas está subiendo!

Aterrado, Milton comprobó que era cierto. La corriente era cada vez más impetuosa y las aguas más claras.

—¡Está lloviendo! —gritó, elevando la voz para que Houlton pudiera oírle.

El petardeo del martillo cesó, Houlton les miró en silencio.

—¿Y qué? —Gruñó luego, rabioso—. Un chaparrón, eso es todo. El nivel de las aguas bajará enseguida. ¡Vamos! Si titubeamos, fracasaremos.

Arrancó el motor, y la espada de acero fue profundizando en el hormigón hasta que la base del martillo se detuvo en el borde.

—Está hecho —dijo.

Milton tuvo que sacudir a Bartley, que contemplaba espantado la turbulenta superficie de las aguas.

—Vamos, viejo. No pierdas el tiempo. Eres tú quien tiene que actuar ahora —gritó Houlton para obligarle a reaccionar.

Bartley murmuró algo entre dientes y descolgó de sus hombros la bolsa hermética.

Sus dedos, temblorosos, fueron sacando la masa de explosivo plástico, los electrodos eléctricos y el sistema de ignición, activado por una pila.

Poco a poco, la masa de color claro fue rellenando el agujero profundo abierto por martillo.

Para facilitar el trabajo, Houlton había desmontado la espada de acero y empujaba el explosivo hacia su alojamiento.

Entre tanto, Milton Shigow extraía de una bolsa los flotadores autohinchables y los sujetaba a los clavos afianzados en el hormigón.

Se oyó un silbido leve, y tres colchones se hincharon velozmente y quedaron flotando sobre el agua.

Bartley respiraba agitadamente. El agua estaba helada, pero sus

delgadas mejillas estaban cubiertas de sudor.

Sus dedos, expertos, hundieron finalmente los extremos de los electrodos en la masa del explosivo y la pila quedó colgando.

—¡Aprisa! —gritó entonces—. ¡Suelta esos flotadores! ¡Sólo disponemos de treinta segundos...!

Milton desenganchó uno de los colchones y soltó un rollo de hilo de nilón, mientras Houlton hacía otro tanto.

Bartley fue el primero en tenderse sobre uno de los flotadores y dejarse arrastrar por la corriente. Su cuerpo desapareció velozmente en la profundidad de la cloaca.

Luego saltó Milton e inmediatamente le siguió Brett Houlton.

Las turbulentas aguas les arrastraron cloaca adelante unos cincuenta metros, hasta que finalmente sintieron un tremendo tirón y los flotadores se detuvieron, oscilando sobre la superficie de la corriente.

Súbitamente, se oyó la explosión. Inmediatamente, la corriente cedió y el nivel de las aguas bajó considerablemente.

Pero sólo fueron unos segundos. Luego surgió una tromba poderosa y los flotadores ascendieron hasta el techo.

Milton y Houlton se acoplaron urgentemente los respiradores y se ajustaron los visores.

La furia de las aguas les golpeó durante tres o cuatro minutos contra el techo. Sentían bajo ellos el sordo rumor que producían los bloques de hormigón arrastrados por la fuerza incontenible de la corriente.

Poco a poco, los flotadores comenzaron a desprenderse del techo: la corriente disminuía, el nivel de las aguas descendía hasta la mitad de la altura del conducto.

Fue Houlton el primero en librarse del visor y cerrar la válvula del oxígeno.

Como quiera que los hilos de nilón habían resistido satisfactoriamente al empuje de la tromba de agua, alzó la mano en un perentorio gesto rígido a Milton Shigow y comenzó a desplazarse hacia delante, aferrándose al resistente anclaje.

Apenas había avanzado diez metros, cuando Shigow aferró su flotador y le detuvo.

—¡Bartley! —gritó éste, haciendo sonar su voz por encima del rumor de las aguas—. ¡No puedo verle!

Houlton se volvió hacia atrás y lanzó un reniego.

—¡Ese viejo! Es capaz de haberse ahogado —murmuró.

Fue soltando el cabo y retrocedió junto con Milton.

—Está ahí, sobre el flotador, inmóvil, como muerto —murmuró éste, impresionado.

Houlton se ajustó el visor y mordió la boquilla del oxígeno. Un momento después volteaba sobre el agua y nadaba precariamente hasta el flotador de Bartley.

Agarrado al hilo de nilón que sujetaba el flotador, puso una mano sobre Bartley y le movió.

—¡Bartley, Bartley! ¿Qué diablos está ocurriendo? —exclamó.

El cuerpo del viejo se movió levemente. Luego se alzó su cabeza y sus ojos se abrieron, espantados, a través del visor.

De un manotazo, Houlton le libró del visor y le arrebató el tubo de oxígeno.

Bartley, vivo, temblaba como un azogado.

—¡Está vivo! —gritó, rabioso, Brett. Y añadió—: Vivo... pero muerto de miedo.

Entre él y Milton tuvieron que halar de su flotador, pues Bartley parecía incapaz de cualquier reacción. Los minutos de angustia que había vivido parecían haber acabado con su valor.

Al fin llegaron ante el inmenso boquete. Un bloque de hormigón enorme taponaba peligrosamente la cloaca, creando una gran turbulencia en la zona.

Decididamente, Houlton aseguró su flotador a los clavos de acero hincados profundamente en el muro, saltó al agua y desenfundó el martillo neumático.

—Hay que partirlo en pedazos, si no queremos correr el riesgo de que la cloaca quede taponada —gritó a pleno pulmón.

Milton y el aterrado Bartley contemplaron su trabajo, sin intervenir.

El nivel del agua subía y bajaba caprichosamente. A veces, subía tanto que Houlton y Shigow se veían en dificultades para mantener sus cabezas sobre la enfurecida corriente de aguas rojizas.

En varias ocasiones, el motor del martillo se mojó y se caló. Pero Houlton insistió una y otra vez animosamente, hasta que la herramienta volvió a funcionar.

Cuando el bloque quedó desmenuzado en cuatro pedazos, Milton

obligó a Bartley a abandonar su flotador, y entre los dos hombres empujaron los bloques hasta que el sordo rumor que provenía del fondo de las aguas les convenció de que los fragmentos de hormigón eran arrastrados por la corriente, aguas abajo.

Sólo entonces dirigió Houlton su linterna hacia las alturas, y contempló el boquete de un metro abierto en el techo.

Arriba se filtraba una rendija luminosa.

—Valía la pena convencerte de que debías llegar hasta aquí, viejo —dijo Houlton, admirado—. Creo que si logro subir hasta ahí, el martillo nos abrirá camino en pocos minutos.

Poco después, Houlton, martillo en mano, ascendía por el boquete, ayudado por sus dos compañeros.

Afianzado en los abruptos bordes de la brecha, tiró del arranque del motor del martillo y avisó:

—Será mejor que os quitéis de ahí abajo, si no queréis que uno de estos pedruscos os fracture el cráneo. ¿Habéis oído?

Inmediatamente después, el útil de acero atacó el hormigón sobre la grieta, y los fragmentos de cemento se desplomaron sobre la cloaca.

Milton se asomó un instante, vio el agujero de medio metro de anchura y lanzó un grito de júbilo.

—¡Buen trabajo, Brett! ¡Lo hemos conseguido! —exclamó.

Un momento después, descendía Houlton. No parecía muy alegre.

—¿Qué pasa? —preguntó Bartley, que parecía haber recobrado el ánimo.

—¿No os habéis dado cuenta? —preguntó Houlton, a su vez—. Hay luz arriba. ¿Para qué necesitan iluminación los diamantes, los rubíes y las esmeraldas...?

Milton y Bartley le miraron con grave expresión.

—Tal vez —arriesgó Shigow—. Tal vez los vigilantes deban hacer una inspección ocular periódica, a través de una ventanilla, ¿no crees?

Brett denegó, rabioso.

—No. Lo que pienso es muy diferente —respondió, pasándose una mano por el rostro, sucio de polvo.

A Milton le temblaron los labios.

—¡Está bien! —gritó—. Si hemos de saberlo, revienta de una

maldita vez.

Houlton expulsó aire con fuerza y dijo:

—La luz sólo puede tener una explicación: hay una cámara de televisión que vigila el interior de la cámara acorazada. Si es así, los vigilantes se turnarán para mirar constantemente un monitor donde se refleja siempre el interior de la cámara. Lo que quiere decir, que en cuanto uno de nosotros suba ahí arriba, todo estará perdido.

CAPÍTULO V

Bartley parecía enfadado de veras.

—Tu querida Eva... —murmuró rencorosamente, mirando a Milton Shigow—. ¿Cómo puede explicarse eso?

Milton frunció el ceño y agarró salvajemente a Bartley por los hombros.

—¡Cállate, viejo chivo! —rugió, encolerizado—. Todavía no estamos seguros de que esa luz signifique una cámara de televisión. Por lo demás, ella no podía conocer todos los secretos de la empresa Marton.

Se miraron en silencio, indecisos.

—¿Qué piensas tú, Brett? —preguntó luego Milton Shigow, con una pizca de esperanza—. ¿Crees que debemos abandonar la partida?

Houlton denegó con energía.

—¿Abandonar? —chilló—. No he venido aquí a andar entre aguas podridas para marcharme con las manos vacías. Escuchad los dos: hemos estado a punto de morir cuando la cloaca quedó anegada y nuestros flotadores estaban bailando una zarabanda infernal sobre las aguas. No, no voy a irme ahora con las manos vacías.

—¿Entonces?

—Subiré... con precaución. Ya veremos qué puede hacerse —decidió.

Subido sobre los hombros de Milton, ascendió a lo largo del boquete. Se afianzó, tomó aliento y sus manos alcanzaron el borde del agujero.

Apenas arriesgó unos centímetros la cabeza por encima del piso de la cámara acorazada.

Inmediatamente sus ojos recorrieron, en una instantánea, el interior de la cámara.

Milton se situó debajo, cuando escuchó su débil silbido de aviso. Un momento después, Houlton descendía por segunda vez a la cloaca.

—¿Y bien? —preguntó Bartley, ansioso.

—Por desgracia, he visto la cámara —confesó—. Está situada sobre la puerta blindada.

Bartley estalló en una sarta de improperios.

Milton Shigow, por el contrario, encajó la noticia en silencio.

—Sin embargo —añadió Houlton—, el encuadre de esa cámara no puede bastar para vigilar todo el recinto. De ninguna forma puede recoger una vista del piso de la cámara, por ejemplo.

—¿Estás seguro? —preguntó Milton, esperanzado.

—Sí. Está enfocada sobre los estantes metálicos del frente. Es posible que allí estén situadas las gemas más valiosas. En cualquier caso, estoy seguro de que mi imagen, a ras del suelo, no sería detectada por la cámara de televisión.

Milton le aferró bruscamente por los hombros.

—¡Entonces... hay alguna solución! ¿No es cierto? —gritó.

Brett se libró de sus manos de un tirón.

—He pensado algo, sí. Una solución desesperada. Puedo llegar hasta la cámara, sin ser visto, y alterar su enfoque. Dirigirla, por ejemplo, hacia el techo. Con eso evitaremos ser identificados posteriormente por los vigilantes. Pero la alarma será dada en pocos minutos, en cuanto uno de los vigilantes advierta algo extraño en su monitor.

—¡Maldita sea mi estampa! —Gruñó Shigow, perdidos los estribos—. No es ésa una buena solución precisamente. Esperemos. Tenemos que pensar. ¡Tiene que haber una mejor solución!

En aquel momento, la corriente que había descendido hasta llegarles escasamente a las rodillas comenzó a incrementarse, de forma que pronto les cubrió hasta la altura de la cintura.

Los flotadores, sujetos a los clavos, comenzaron a bailar una loca zarabanda sobre las espumosas aguas color marrón.

—No podremos aguantar mucho tiempo aquí —murmuró Bartley, desencajado—. ¡Si volviese a anegarse la cloaca...!

En aquel momento, Brett Houlton miró hacia el boquete y

advirtió que arriba no lucía el menor vestigio de luz.

Un grito salió de su garganta. Tan agudo, que Milton y el viejo respingaron, aterrados.

—¿Cómo diablos no hemos pensado en ello? —gritaba Brett, excitadísimo—. ¡Vamos, subamos, hay que aprovechar la ocasión!

Milton le retuvo rudamente.

—¡Estás loco! ¿Quieres que te lleven a la penitenciaría para toda la vida, estúpido? —gritó.

Houlton se soltó de un manotazo, que dio con su compañero contra el muro.

—¡Tú eres el estúpido! ¿Es que no puedes comprenderlo?

Tomó aliento y gritó como un alucinado:

—¡Mira esas aguas rojas...! ¡Proviene de la superficie! Está lloviendo a mares ahí arriba; el agua arrastra barro: por esto está roja..., ¡por eso está subiendo el nivel de las aguas! ¡Es como el diluvio universal! ¡Pero un diluvio que nos favorece! —explicó, tan nervioso y desencajado, que daba miedo contemplarle.

—Ahora lo comprendo —susurró Milton, aterrado—. La codicia, el fracaso te ha vuelto loco...

—¡Tú te has vuelto loco, idiota! ¡Mira hacia arriba! ¡La luz se ha apagado! ¡Piensa, piensa! ¿Qué ocurre durante una tormenta eléctrica? ¡Suele llover torrencialmente, se desatan los rayos y... los transformadores se desconectan automáticamente! —De repente, la voz de Brett Houlton se tomó susurrante, insinuante—. Un barrio entero o una ciudad queda sin fluido eléctrico durante unos minutos o durante una hora, ¿comprendéis? ¡Lo que quiero deciros es que arriba, en la cámara acorazada, no hay ahora luz! ¡Y las cámaras de televisión no pueden ver a oscuras!

Por unos instantes, Bartley y Milton fueron incapaces de reaccionar.

Luego, la súbita comprensión pareció infundir en ellos una urgencia enloquecida.

Nerviosos, anhelantes, empujaron a Houlton hacia arriba.

Los pies resbalaban sobre las erizadas aristas de la roca, las manos perdían apoyo.

Reniegos, gemidos, maldiciones... Todo hasta que Houlton alcanzó el interior de la cámara acorazada.

—¡Brett, Brett, ayúdanos! —gritó Milton, descompuesto—.

¿Dónde diablos te has metido?

Arriba, resonó una carcajada sarcástica.

—¿Qué te crees que estaba haciendo, muchacho listo? He orientado esa maldita cámara hacia el techo. Si vuelve la luz, al menos no podrán vemos los vigilantes —respondió Brett, entre furioso y excitado.

Un momento después, los tres estaban arriba.

La luz de las linternas que llevaban sobre la frente no era muy abundante, pero servía para ver las cajas metálicas sobre los estantes, para descerrajarlas rápidamente y para introducir su brillante contenido en una gran bolsa de lona.

Los cofres se volcaban en la bolsa como una cascada de rutilantes lágrimas. Ante la increíble visión, los ojos de los tres hombres reflejaban una codicia sin límites.

Las manos rompían, destrozaban los cierres de los estuches, los dedos seleccionaban las gemas, los brazos transportaban las riquísimas piezas hasta la bolsa...

—¡Ricos, ricos, inmensamente ricos! —murmuraba Bartley, perdida ya toda compostura, a medida que los torrentes de gemas desaparecían en la bolsa.

—¡Basta! —gritó de repente Milton Shigow—. Hemos cogido lo mejor. El resto no importa. Volvamos abajo, antes de que vuelva la luz.

—Pero ¡Milton, hay más, mucho más! —gritó Bartley—. ¡Es tonto dejar aquí tanta riqueza!

Houlton le tomó bruscamente por los hombros y le apartó de la bolsa.

—Milton tiene razón. En la bolsa llevamos algo que jamás podremos gastar. ¿Para qué más...? ¡Vamos, Bartley, hay que bajar!

Le empujó bruscamente hasta el boquete, al tiempo que retrocedía de un salto.

—¿Qué diablos haces ahora, Brett? —exclamó Milton, estupefacto—. ¿Es que pretendes que nos cojan «aquí»?

—No seas infeliz. Estoy volviendo a situar en su encuadre la cámara de televisión. Cuando vuelva la luz, los vigilantes podrán contemplar los estuches en sus estantes. Y ello nos permitirá disponer de muchas horas, antes de que el robo sea descubierto —respondió Houlton.

Milton le oprimió un hombro con fuerza.

—Eres muy inteligente, compañero. Pero ahora será mejor que nos demos prisa —murmuró.

Se acercaban al gran boquete abierto en el piso de la cámara, cuando advirtieron que Bartley estaba todavía arriba.

—¡Estúpido viejo! —Gruñó Houlton, disgustado—. ¿Por qué no has bajado ya con la bolsa?

—No... no puedo —respondió Bartley, tembloroso—. ¡El agua ha inundado ya el boquete!

Milton y Houlton se inclinaron sobre el agujero y comprobaron que era verdad.

La angustia desesperada crispó sus facciones, el desencanto se reflejó en sus ojos.

—¡No importa! —gritó Brett, haciendo rechinar sus dientes—. ¡Tenemos que bajar!

—No es posible —murmuró Milton.

—¿Qué haremos entonces? —chilló Brett, rabioso—. No podemos aguardar aquí hasta que vengan a detenernos; por mi parte, voy a descender. Tenemos el equipo de oxígeno, ¿no? Sólo tendremos que dejamos arrastrar por las aguas hasta alcanzar el gran colector de South West Avenue; allí podremos subir hasta uno de los andenes laterales.

Hubo unos segundos de tremenda tensión, que acusaron los rostros de Bartley y Shigow.

—Está bien, no hay otro camino —respondió Milton, con un resoplido—. ¿Quién llevará las gemas?

Houlton miró burlonamente a Bartley: temblaba de pavor.

—Creo que Bartley preferiría hacerse cargo de ellas. Escucha, viejo: voy a atar la bolsa a tu cinturón. No temas. Quinientos metros más abajo está la cloaca principal de South West Avenue; iremos a parar allí. Pero por si acaso nos perdiésemos, ya sabes lo que tienes que hacer: alquilarás una habitación en Jaguar Inn, en la carretera Noventa. Milton y yo nos reuniremos contigo allí, ¿de acuerdo?

Incapaz de articular palabra, Bartley asintió.

Inmediatamente, Brett le empujó hacia el boquete, una vez que Bartley se hubo ajustado el visor y mordido el tubo de oxígeno.

Detrás pasó Milton Shigow e inmediatamente el propio Brett Houlton.

Afianzándose sobre las paredes del boquete, se deslizó hasta abajo, hasta que el agua le cubrió.

En cuanto soltó los brazos, la potente corriente de la cloaca le absorbió.

Giró y giró como un muñeco, incapaz de controlar los furiosos embates de las aguas.

Su cuerpo fue golpeado brutalmente contra las paredes del conducto. Hubo un momento en que Brett temió perder el conocimiento.

La furia desatada de las aguas le transportó, en escaso tiempo, medio kilómetro más allá.

De repente, notó que dejaba de golpear contra los muros, y comprendió que acababa de saltar en el aire, envuelto en el torbellino de las aguas que se precipitaban sobre el colector general, correspondiente a South West Avenue.

El gran salto le envió a gran profundidad. En el fondo, sus manos tocaron el lodo legamoso, y una sensación de intensa repugnancia le asaltó.

El asco le dio fuerzas para talonear con decisión y nadar hacia la superficie.

El débil halo luminoso de su linterna le desveló una escena dantesca: docenas de chorros de sucias aguas se precipitaban desde lo alto, a su alrededor, provocando una apocalíptica turbulencia.

De repente, un bulto humano surgió a pocos metros de él, y volvió a hundirse, para reaparecer veinte metros más allá.

Houlton reunió sus menguadas fuerzas y, evitando los fuertes remolinos, nadó a grandes brazadas hacia la gran cloaca de South West Avenue.

Poco después, lograba alzarse hasta el andén lateral. Más allá, Milton Shigow acababa de hacer otro tanto.

Durante los primeros minutos, apenas tuvieron tiempo para recuperarse de la impresión y calmar su jadeante respiración.

Luego Houlton recorrió la superficie de las aguas de una ojeada y exclamó:

—¡Eh, Milton! ¿Has visto al viejo?

Pero Shigow denegó con la cabeza.

Se reunieron y caminaron aprisa, andén adelante, con la esperanza de encontrar a su compañero.

Media hora después se reunían, fatigados y perdido el color, junto a la escala-registro de la calle Trambleen.

—No quedan muchas esperanzas. El viejo debió ser golpeado en la cloaca y ha muerto ahogado cuando se le terminó el oxígeno. Todavía no acabo de creer que nosotros estemos vivos —murmuró Houlton.

Milton Shigow pronunció sordamente una blasfemia.

—Que el viejo se haya ahogado me importa un ardite. ¡Son las gemas lo que me importan! ¡Tendremos que buscarlas! ¡Volveremos mañana y pasado y todos los días, hasta que recuperemos la bolsa! Fue un tremendo error, Brett.

—¿Te refieres a cargar al viejo con las gemas? —preguntó Houlton, con expresión fatigada—. Sí, es cierto; era demasiado peso para él. Quizá se hundió por eso. Pero estaba seguro de que hubiera desconfiado si uno de nosotros se hubiera hecho cargo de la bolsa. En cualquier caso, ahora ya nada tiene remedio.

—¡Tiene que haberlo, Brett! ¡No podemos perder *nuestro* dinero!

—Desengáñate; la copiosa lluvia ha anegado las cloacas. Mira la corriente de esas aguas... Bartley, si ha muerto, habrá sido arrastrado millas y millas. La red de cloacas de esta ciudad se extiende a lo largo de treinta kilómetros. ¿Crees que podríamos rastrillar treinta kilómetros de cloacas?

Por toda respuesta, Milton dejó caer los brazos, profundamente abatido.

Poco después, los dos hombres ascendían lentamente por la escala y alcanzaban la calle Trambleen.

CAPÍTULO VI

Houlton fue el último en llegar a la cita. Cuando penetró en la habitación, Milton Shigow y Eva Hunter estaban ya allí.

Ni siquiera perdieron el tiempo en cambiar un saludo.

Las facciones de los tres estaban tensas como las de un animal acorralado.

—Espero que tengas suficientes razones para hacerme venir a este lugar, Milton —dijo luego Houlton—. Me he arriesgado mucho al venir hasta aquí.

Shigow escrutó las jóvenes facciones de su compañero.

—¿Por qué? Estás muy pálido —dijo.

—La policía me busca ya. No sé cómo han podido averiguarlo, pero lo cierto es que me buscan por todas partes. Anoche llegué a casa de mi hermano. Noté algo raro en su expresión. No tardó en pedirme, de malos modos, que abandonase su casa. Cuando le pedí explicaciones, me dijo que tres detectives habían irrumpido en su casa con metralletas en las manos. Eso quiere decir que no andarán con contemplaciones, si me descubren...

Paseó, agitado, por la habitación, y de repente se encaró con Shigow.

—He estado pensando, Milton. Es muy extraño que la policía sepa que participé en el robo de la Marton. No dejamos huellas, nadie nos vio... ¿Puedes tú responderme a eso? —Disparó.

Shigow rechinó los dientes.

—¿Es que me estás acusando, maldito idiota? —Gruñó, apretando los puños.

—¿Y por qué no? —rugió Brett, abalanzándose contra él, los puños en alto.

—¿Es posible que tú nos hayas denunciado, alcahuete! —chilló

Shigow, apresando una botella por el gollete—. ¡A mí me busca la policía!

Ya se disponían a enzarzarse, cuando el grito de Eva les detuvo.

—Vamos, no seáis chiquillos. Estoy segura de que no tenéis nada que reprocharos mutuamente. Porque también a mí me busca la policía. Ya iba a penetrar en mi casa cuando vi el coche de la policía. Me oculté tras un puesto de periódicos y aguardé. No sé cómo tuve valor para aguantar allí pero lo hice. Tres hombres salieron del portal, poco después, y se marcharon en el coche. No he vuelto por allí, pero una simple llamada telefónica me bastó para convencerme de que era a mí a quien buscaban los policías; la portera trató de hacerme perder tiempo, con una tonta disculpa. Colgué y escapé. Pero no estoy segura. Antes o después, nos cogerán.

Los dos hombres se quedaron mirando a la mujer, con expresión atónita.

—Eso demuestra, según creo, que ninguno de nosotros se fue de la lengua —exclamó Houlton, cuando se hubo recobrado de la sorpresa.

—¿Quién, entonces? —preguntó Eva.

—Tal vez yo pueda responder a eso. Escucha, Brett: si te he citado aquí es porque Glen Bannish me llamó ayer mismo por teléfono. Tú sabes que Bannish nos hubiera *colocado* casi todo el botín de la Marton. Pues bien, empezó a insultarme en cuanto descolgué el teléfono. Me llamó bocazas y me hizo saber que Ted *Kirsch*, un tipo que le hace la competencia como perista^[2], estaba comprando gemas, especialmente diamantes, rubíes y esmeraldas. Sospechaba que las piedras procedían del robo en la Marton, y creía que yo había elegido otro comprador. Tuve que emplear toda mi energía para convencerle de que no era yo quien había vendido a ese tal Hirsch. Quien fuese, sólo vendió unas pocas gemas, las suficientes para obtener diez mil dólares.

Houlton, que había estado escuchando con indiferencia, se volvió de un respingo.

—¡No es posible! —murmuró, como si hablase consigo mismo—. No es posible que algún desharrapado encontrase nuestro botín.

—Estoy de acuerdo —respondió Shigow, muy excitado—. ¿Quién podría tener entonces las piedras?

—¡Bartley! —exclamó Eva—. Pero según vosotros, debió morir ahogado.

—¡No murió! Ésa es la única explicación. Y nos ha traicionado, el muy cochino —bramó Shigow, descompuesto ya.

—Quizá no. Tal vez el agua le arrastró lejos y no pudo reunirse con nosotros, de momento. Ahora no sabe dónde nos encontramos, puesto que decidimos no volver por nuestro cuartel de operaciones —observó Brett Houlton, reflexivo.

Milton le miró como si acabase de hacer un descubrimiento.

—Creo que tienes razón, Brett. ¿Por qué iba a traicionarnos? El no sabría vender adecuadamente las gemas y, por otra parte, el producto de ellas daría dinero suficiente para que los cuatro fuésemos ricos —concedió.

—Y por otra parte —intercaló Houlton, más animado cada vez —, ni siquiera hemos ido a Jaguar Inn, el motel que yo mismo le recomendé. ¿Cómo iba a poder encontrarnos?

Milton se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¿Qué esperamos aquí? —exclamó, ansioso—. Si Bartley no murió en la cloaca, es seguro que nos estará esperando en Jaguar Inn. ¡Vamos!

—Está bien —estuvo de acuerdo Houlton—. Tomemos un taxi. Estoy ansioso por entrevistarme con el viejo. En el fondo, y sin tener en cuenta el botín, me alegro de que no muriese.

Detrás de ellos, la bella Eva Hunter rió quedamente.

—Es curioso. Hace unos minutos estabais dispuestos a degollar a Bartley. Ahora... le daréis con gusto un abrazo. Está bien, vayamos cuanto antes. También yo me siento ansiosa por poder contemplar esas hermosas gemas.

* * *

Lionel Brown, el dueño de las cabinas del Jaguar Inn, denegó con la cabeza vivamente.

—No, no, ya no está. Se marchó —dijo.

—Pero ¿está seguro de que era él: Oscar Bartley? —insistió Milton.

—No suelo presentar a mis clientes el libro registro. Por lo común, son parejas que no desean publicidad, y sólo necesitan mis

cabinas para pasar un rato o, como mucho, una noche. Sin embargo, coincide con la descripción que ustedes acaban de hacer.

—¿Dice que se marchó? ¿Dijo adonde, dejó algún recado? — volvió a preguntar Houlton, desesperadamente.

Brown alzó sus ojos por encima de las gafas.

—Ahora que lo dice, sí. Dejó una maleta y una carta para un tal... Espere, debo tener el sobre en este cajón. A ver... Señor Brett Houlton, eso es.

—Soy yo —respondió rápidamente Brett, adelantando una mano.

—Bien, bien, tómela. Le daré la maleta. La tengo aquí mismo, en el armario —respondió Brown.

Milton, Eva y Brett le siguieron ávidamente con la mirada.

En cuanto Milton tuvo la maleta en sus manos, Brett rasgó el sobre y leyó ansiosamente las líneas manuscritas sobre un pedazo de papel corriente.

«Queridos amigos:

»Como acordamos, he venido a las cabinas de Jaguar Inn, y me he alojado en una de ellas. Como han transcurrido algunos días y no he recibido vuestra visita, he decidido repartir el botín y alejarme de estos poco saludables parajes. La maleta que Brown os entregará contiene tres partes exactamente iguales a la que me he reservado. De todas formas, telefonearé a Brown de cuando en cuando para asegurarme de que recogéis lo que vuestro.

»Tuve dificultades para salir con vida de la cloaca, debido al peso de la bolsa. Pero yo sé que me encargaste de ello sin mala intención, querido Brett.

»Como creo que no será prudente que volvamos a vernos, hasta nunca, amigos míos.

»Mis saludos respetuosos para la bellísima Eva.

»Eternamente vuestro en el recuerdo,

»Oscar».

«P. S. Os recomiendo las cabinas de Brown para celebrar el reparto. Son muy cómodas».

Houlton expulsó el aire contenido en sus pulmones y se volvió alegremente hacia sus amigos.

—Viejo e inefable Bartley. Cumplió con su palabra, ¿habéis leído por encima de mi hombro? Pues bien: creo que podemos hacer caso de su recomendación y alquilar una cabina.

—Y también comprar una botella de vino y algunos bocadillos. ¿Puede usted arreglarlo, señor Brown? —preguntó amablemente Milton Shigow.

—Tengo vino de California y pollo en lata. Si les sirve... —respondió Brown.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Houlton.

Minutos después, recogían el vino y la comida, y se dirigían, por el caminillo, hasta la cabina número once.

Houlton abrió decididamente y, cuando todos hubieron entrado, cerró la puerta a su espalda.

Conteniendo la respiración, contemplaron en silencio la maleta que Milton había depositado sobre una mesa.

—¡Al fin! —exclamó éste—. Llegó la hora de repartir. La maleta pesa mucho. Estoy seguro de que el viejo no se aprovechó.

—¡Esperad! —rogó Brett—. Bebamos un poco de vino para celebrarlo.

Eva dispuso los vasos de papel y Houlton vertió vino en cada uno de ellos. Brindaron y bebieron en silencio, con los ojos brillantes y la respiración agitada.

—Bueno —dijo Brett, finalmente—. Abrámosla.

—Dejadme a mí —suplicó Eva, ilusionada—. Ardo en deseos de contemplar esas bellísimas piedras.

—Está bien —concedió Houlton, aproximándose a la mesa, y seguido por Shigow—. No puedes negar que eres una mujer, al fin.

Eva desprendió la pequeña llave sujeta al asa de la maleta, y abrió la cerradura de la derecha y luego la de la izquierda.

Miró sonriente a sus compañeros y elevó la tapa.

Una violentísima explosión conmovió la estancia.

Eva exhaló un alarido y cayó de espaldas, llevándose las manos al rostro. Los cuerpos de Shigow y de Houlton cayeron sobre ella,

después.

Lionel Brown, que había abandonado su cabina, despavorido, se llevó las manos a la cabeza al contemplar la cabina número once, que ardía ya por los cuatro costados.

CAPÍTULO VII

—Es absurdo, no puedo creerlo, señor.

Howard Tell contempló sin pizca de humor al agente especial Sean

O'Sullivan.

—¿Por qué? —Gruñó, ajustándose nerviosamente la corbata—. Mis años de profesión me han enseñado que la vida tiene a menudo desenlaces aparentemente absurdos. A menudo, también, los criminales tratan de confundirnos, rodeando sus golpes de acciones inútiles, sólo tendientes a crear pistas falsas. Y creo que el acto de sabotaje de la central térmica de Santa Ana es uno de esos casos.

Sean

O'Sullivan

se puso en pie, y apoyó sus dos manos sobre la mesa.

Incluso inclinado,

O'Sullivan

era un hombre de elevada estatura. Tan alto, que su jefe se sentía más cómodo cuando el agente especial le escuchaba sentado en una silla.

—Es decir, piensa usted que el sabotaje sólo supone una maniobra para distraer la atención de todos los policías de servicio en aquella zona —sugirió, con una sonrisa escéptica en los finos labios.

Howard Tell se removió en su sillón. ¿Bromeaba Sean

O'Sullivan

o hablaba en serio?

Tell nunca estaba seguro de una u otra cosa, puesto que su agente sonreía siempre a medias.

—¿Por qué no? —respondió, volviendo a ajustarse la corbata,

inútilmente—. Santa Ana comprende una zona llena de negocios prósperos, de campos de golf, de clubs caros... Pudieron muy bien dejar sin energía eléctrica la zona para atracar cualquiera de esos negocios.

O'Sullivan

asintió con leve movimiento de la cabeza. Sus cabellos negros, lisos, cayeron sobre su frente.

—Pensándolo fríamente, tal vez no sea tan descabellado, señor. En la absoluta oscuridad, un atraco tendría más posibilidades de éxito. Pero ¿dónde se ha producido el atraco? Las comisarías de policía no registraron anoche ningún hecho de esta índole —apuntó.

—No podemos hacer otra cosa que esperar para comprobar si la idea es válida. Sin embargo, habrá que revisar los ficheros y echan una ojeada a nuestra lista de sabotadores. El gobernador exige una solución rápida. Usted sabe,

O'Sullivan,

que el asunto ha levantado una polvareda de comentarios adversos en la Prensa.

Sean tuvo que reconocer que míster Tell decía la verdad.

Por sí mismo, había ojeado los periódicos de la mañana. Todos ellos recogían noticias de la catástrofe, en parecidos términos.

«Sabotaje en Santa Ana: Un área de diez kilómetros cuadrados quedó sin servicio eléctrico...».

«Dos mecánicos electricistas gravemente heridos en el sabotaje de Santa Ana...».

«¿Cuenta el área de Los Angeles con auténtica protección policiaca?».

«El suceso de Santa Ana: Una prueba más de la ineficacia de los medios policiales...».

«¿Dónde están las personas que pudieron provocar una verdadera catástrofe en Santa Ana?».

«La policía no tiene nada que decir, la policía no sabe nada, en relación con los individuos que sabotearon la central térmica de Santa Ana...».

«La ciudad de Los Angeles, una gran metrópoli

indefensa...».

Docenas y docenas de titulares inquietantes, de denuncias más o menos encubiertas, de directos ataques contra las fuerzas policíacas.

—Creo que lo mejor será consultar al fichero central de Washington, señor —dijo

O'Sullivan,

tras unos segundos de reflexión—. Algo me dice que las personas responsables de ese sabotaje no viven habitualmente en Los Angeles. Nuestra sección mantiene bajo vigilancia a los sujetos más peligrosos, fichados en nuestro departamento. Les he interrogado uno por uno. Todos ellos poseen excelentes y auténticas coartadas.

—Perfectamente —respondió mister Tell, removiéndose con desasosiego—. Hágalo. Póngase en movimiento. Tenemos que obtener algo consistente, sin queremos hacer callar a los periódicos.

O'Sullivan

saludó con un gesto, y se dirigió hacia la puerta. Aún no había salido cuando escuchó el zumbido del teléfono sobre la mesa de su jefe.

—¡Un momento, Sean! —Le detuvo Tell con un grito.

Y durante unos minutos escuchó a través del auricular, con religiosa atención.

O'Sullivan

aguardó, impaciente, hasta que su jefe colgó el teléfono.

—Acaba de llamarme Vanon, del precinto Veintiuno, en Santa Ana. El director de una sucursal bancaria acaba de presentar una denuncia en el precinto policíaco. Ayer, domingo, no se abrió el Banco, naturalmente. Esta mañana acaba de descubrir que su caja fuerte está descerrajada y vacía —informó Tell.

No sonreía, pero se le adivinaba regocijado y satisfecho, puesto que su hipótesis se veía plenamente confirmada: el aparentemente absurdo acto de sabotaje había coincidido misteriosamente con un robo en una entidad bancaria.

Fue

O'Sullivan

el que sonrió, ahora abiertamente.

—Buen tanto, señor Tell. Estaba en lo cierto. Dígame, ¿a cuánto asciende el producto del robo? —preguntó.

—Garret, el director del Banco, no puede precisarlo todavía con certeza, pero estima que en la caja había algo más de trescientos mil dólares. Cuando Vanon quiso saber por qué habían dejado durante dos días en la caja una cantidad tan importante, Garret respondió que el lunes debía pagar sus pensiones a más de un centenar de pensionistas.

—¿Se sabe algo relacionado con el robo? ¿Sabe Vanon cómo abrieron la caja? —preguntó

O'Sullivan

con rapidez.

—Garret piensa que la caja fue volada con explosivos, a juzgar por las marcas halladas sobre el metal. Ha llamado desde la misma sucursal bancaria, y está haciendo algunas pesquisas. Ha quedado en llamarme en cuanto averigüe algo sustancial. Por tanto, Sean, será mejor que no se aleje mucho.

—De acuerdo. Entretanto, iré al departamento de radio y me comunicaré con el archivo central —decidió

O'Sullivan.

Abandonó el despacho, tabaleó con los dedos sobre la mesa de la mecanógrafa de míster Tell y recorrió el pasillo hasta la estación de radio.

—Prioridad absoluta, Davis —dijo al operador—. Necesito una comunicación inmediata con el archivo central de la Oficina Federal de Investigaciones en Washington. Asunto: solicitar duplicados de fichas de delincuentes fichados, expertos en voladuras con explosivos...

Esperó hasta que Davis inició la transmisión en onda corta y, cuando se hubo asegurado de que el operador había recibido respuesta de Washington, volvió apresuradamente al despacho de Howard Tell.

Éste acababa de depositar el auricular sobre el teléfono y tenía una curiosa expresión en su rostro, de facciones regulares.

—Las cosas comienzan a ser más claras,

O'Sullivan.

Vanon ha confirmado algo importante: el vigilante de un garaje cercano al Banco asaltado afirma que escuchó una explosión esa noche. Salió a la calle, pero no vio nada sospechoso, por lo que atribuyó la explosión al escape de una motocicleta o algo

semejante. Pero recuerda muy bien la hora, puesto que un minuto antes había fichado en el reloj-controlador: eran las dos en punto de la madrugada.

Sean permaneció en silencio, sintiéndose observado, a través de las gafas, por los sagaces ojillos de Howard Tell.

El sabotaje de la central termina de Santa Ana se había producido exactamente a las dos de la madrugada.

Lo demás podía establecerse sin mucha imaginación. Y O'Sullivan

lo hizo en voz alta:

—Una rotunda diana, señor. Parece indudable que la gran explosión que destruyó en parte la central de Santa Ana sólo estaba dirigida a atraer hacia allí la atención general. Sabemos que todos los hombres disponibles en el precinto Veintiuno fueron inmediatamente enviados a la central siniestrada, incluyendo a los vigilantes nocturnos de servicio en la zona. De tal forma, los atracadores se aseguraron dos puntos importantes. Uno: que la zona quedaría desguarnecida de agentes de la ley, y dos: que podrían operar y escapar en la impunidad, puesto que todo el sector quedó a oscuras.

—Olvida algo más,
O'Sullivan.

Las dos explosiones se produjeron con absoluto sincronismo, en el mismo segundo. La más potente, la de la central, atrajo toda la atención. Por eso la explosión que abrió el cofre fuerte de la sucursal bancaria pasó casi inadvertido.

—Una jugada maestra, hay que reconocerlo —suspiró Sean.

—Sí... —Estuvo de acuerdo míster Tell—. Un golpe digno de un cerebro privilegiado, puesto que más de trescientos mil dólares han sido robados sin el menor riesgo. Pero no podemos olvidar que la voladura de la central térmica ha supuesto una pérdida de varios millones y que dos hombres honrados están en el hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte.

—Es lamentable. Por eso estoy decidido a moverme aprisa, señor. Pero voy a necesitar la ayuda de todos los hombres disponibles en la oficina. Garlins, Gowell y Hutton conocen muy bien los bajos fondos de esta gran ciudad, señor. ¿Puedo disponer de ellos?

—El caso es grave, urgente. Vamos a movilizar a todos los hombres y los medios de que disponemos. ¿Cuál es su idea?

—Si usted me autoriza, practicaremos una reunión previa. Inmediatamente, interrogaremos a todos los delincuentes fichados y les presionaremos para obtener cualquier pista plausible. Recuerdo a un tipo, Jack *Ladder* Smith, que podría ayudarnos. Le encanta ganar dinero sin esfuerzo. Tal vez tenga que entregarle un par de cientos de dólares, pero si sabe algo lo soltará.

—¿Qué espera, entonces? —exclamó Tell, súbitamente impaciente—. Reúnase con él y comuníquese conmigo inmediatamente.

* * *

El local se llamaba *Lady Black*, y estaba situado en la carretera a San Bernardino.

Lady Black era una bolera de segunda categoría, frecuentada principalmente por gente de color, aunque también abundaban los blancos.

Ladder estaba en un rincón del bar, muy bien acompañado.

Su compañera era una pimpante negrita de unos dieciocho años, cubierta por una abundante peluca roja a la moda «afro».

¿Cómo se procuraba el insignificante Ladder la compañía de jovencitas tan atractivas como la que ahora reía estridentemente junto a él?

Sean

O'Sullivan

conocía la respuesta: dinero. Ladder conocía mil trucos para hacerse con él.

En cuanto reconoció al policía, Smith se incorporó sobre el taburete.

Sus ojos, negros, pequeños y nerviosos, espionaron todo el local, antes de enviar a

O'Sullivan

la señal de que podía acercarse.

—¿Un cóctel? —preguntó Smith, amablemente.

El policía denegó con la cabeza, y miró el provocativo escote de la negrita.

Advirtiéndolo, Ladder rió entre dientes y exclamó:

—¿Le gusta? Es fácil: sólo tiene que decir «sí». Sally me obedece como un corderito, de modo que...

—Sally es preciosa, pero yo no puedo entretenerme ahora, Ladder. He venido a traerte cien dólares —respondió Sean.

Ladder saltó de su taburete inmediatamente y tendió la mano.

—Démelos. ¿Qué hay que hacer? —preguntó en un susurro.

O'Sullivan

miró a Sally y advirtió que la jovencita parecía muy interesada en escuchar.

—Antes despide a la chica —exigió el policía.

—Eh, nena. Vete a jugar una partida con Geoffrey. Iré a recogerte luego —exclamó Ladder.

Sally abandonó el taburete lánguidamente y se alejó, después de dirigir una mirada despectiva a

O'Sullivan.

—¿Qué hay de ese dinero? —susurró Smith, jugueteando con un cubilete de dados.

—Lo tendrás, si lo mereces. Se trata de la térmica de Santa Ana. Tú conoces el ambiente y sus gentes. Quiero saber algo concreto, Ladder.

—Tabú —respondió inmediatamente el soplón—. Es peligroso comentarlo siquiera.

O'Sullivan le atenazó por un brazo.

—Te has descubierto tú solo, Ladder. Eso quiere decir que sabes algo.

—Es posible, pero no quiero exponerme a que un día de éstos me encuentren en un montón de basura con el cuello rebanado... No, es demasiado peligroso. Y usted sabe que no puede obligarme, amigo. A menos que...

—¿A menos qué? —repitió interrogativamente el policía.

—Cien dólares es poco dinero, compréndalo.

—Te daré ciento cincuenta.

—Quinientos.

O'Sullivan

apretó el brazo de Ladder. Tan fuerte, que éste apenas pudo aguantar un gemido.

—Te daré trescientos: es todo lo que tengo. Y ahora, habla —

exigió.

Ladder alargó la mano y bebió con ansia un largo trago.

—El dinero —murmuró.

Sean puso en su mano un rollito de billetes. Smith dirigió un vistazo al dinero y se lo guardó, indiferente, en un bolsillo.

—Hace dos días, Jim Kendall, un limpiabotas negro, entró aquí preguntando por Dan Meadson y Paul Jarvis. Los dos siguieron hasta la calle a Jim. Me aproximé a la ventana y vi que los dos «pájaros» estaban hablando con una mujer que se encontraba en el asiento posterior de un gran «Ford» gris. El rostro de la mujer apenas era visible, en parte por que no había luz suficiente y también porque sus cabellos, muy largos, tapaban sus facciones. Jarvis y Meadson volvieron aquí y empezaron a gastar dinero. Luego fueron al Lucky Box, un tugurio de juego de Glendale. Les seguí, adivinando algo raro. Jarvis perdió mil doscientos dólares, y su compañero, ochocientos. Más tarde penetraron en Venus e invitaron a cenar a dos rubias despampanantes, dos mujeres caras, ¿me entiende?

—¿Eso es todo? —preguntó

O'Sullivan.

—No hay más. Y ahora, lárguese: no quiero que me vean con usted demasiado tiempo —gruñó Ladder.

—Espera, pequeño. Trescientos dólares son mucho dinero por tan escaso servicio. ¿Qué crees tú que pasó con Jarvis y Meadson? —insistió Sean.

—¿Es que no lo ha adivinado? Alguien les contrató. Jarvis y su compañero tienen fama de decididos, aunque poco inteligentes. Prefieren que alguien les ponga un buen fajo en la mano y les diga: «Haced esto o aquello». Tenga en cuenta que esos dos no han aparecido por aquí desde anoche. Y no solían faltar ni una sola mañana. Si añade, además, que Jarvis y Meadson dinamitaron hace tres años el Banco de San Diego...

CAPÍTULO VIII

El automóvil ascendió, veloz, a lo largo de las colinas y se detuvo ante la bella construcción sobre el acantilado.

El individuo de toscos ademanes que se sentaba tras el volante, se volvió impaciente, a su compañero más joven, vestido con una cazadora de seda.

—No me acaba de convencer esto, Jarvis —rezongó, las grandes manos apoyadas sobre el volante.

Jarvis rió cínicamente.

—¿Por qué no? No es justo que nos paguen con diez mil cochinos dólares, cuando ellos se reservan la gran tajada —respondió.

Meadson se rascó, con un ademán nervioso, la crespa y larga cabellera.

—¿Y qué? Ellos corrieron con los gastos y nos dieron el «santo». Diez mil dólares es mucho más de lo hemos ganado jamás, Jarvis. Escucha, dejémoslo. Es mejor dar media vuelta y largarnos por una temporada lejos de Los Angeles. ¿Qué tal Nevada?

El rostro delgado y pálido de Jarvis se tensó.

—Iremos a Nevada, pero antes arreglaremos este asunto. Si no quieres venir, baja del coche y lárgate.

—Siempre te recordaré como el cobarde Meadson —dijo Jarvis, sin mirarle.

Pero Meadson permaneció con las manos apoyadas sobre el volante.

—Sabes que iré siempre adonde tú vayas, Paul. Sólo que... esos tres me causan escalofríos. Un manco, un ciego y una mujer que cubre su rostro con un pedazo de tela negra...

—¡Al diablo! Sólo son tres fantoches muy listos, eso es todo.

Vamos —decidió Jarvis.

Bajaron del coche y ascendieron por la escalinata.

A pesar de que era de día y la mañana se presentaba espléndida, todas las ventanas estaban cubiertas por tupidas persianas metálicas.

Los dos hombres se detuvieron ante el porche, y Jarvis golpeó con fuerza la puerta de madera de nogal labrada.

Una mirilla se movió, unos ojos espionaron a través de la diminuta lente.

Luego la puerta se abrió y apareció el manco, que cubría sus ojos con gafas muy oscuras.

Sus facciones, cubiertas de pequeñas cicatrices, se crisparon al reconocer a Jarvis y a Meadson.

—¿Por qué habéis vuelto? —preguntó con un tono glacial—. Os advertí que no debíais acercaros aquí jamás.

Jarvis sonrió con cinismo.

—Todo eso está muy bien, amigo. Pero suponga que hemos comprendido que estábamos haciendo el primo. Y que no vamos a conformarnos con diez mil por barba. Cumplimos bien con nuestro trabajo, ¿no es cierto? Por tanto, exigimos una participación justa —dijo.

El hombre al que faltaba el brazo derecho pareció titubear.

—Será mejor que paséis —decidió al fin—. Éste no es el lugar apropiado para discutir vuestra petición.

Jarvis alzó una mano.

—Nada de jugarretas, ¿eh? —advirtió con tono fanfarrón—. Tengo la «pipa» en el bolsillo. Al menor movimiento extraño, comenzaré a disparar.

El hombre se apartó, y Jarvis penetró en la casa.

Meadson le siguió con timidez.

En el salón brillaba un resplandor amarillento. Correspondía a una lámpara de pie, situada en un rincón.

El ciego estaba sentado en un diván y paladeaba a pequeños sorbos el licor contenido en un vaso.

—¿Son ellos, Brett? ¿Qué quieren? —preguntó.

Meadson se estremeció, al contemplar la silueta de la mujer que ocupaba el rincón más distante.

¿Por qué elegía siempre las sombras, por qué aquella cabellera,

a todas luces postiza, que le cubría el rostro, por qué el trozo de paño negro velando sus facciones?

—No están conformes —respondió el manco, sentándose a la mesa. No se molestó en invitar a hacer lo propio a Jarvis y Meadson.

—Oigámosles —propuso el ciego.

—Queremos cincuenta de los grandes para cada uno —dijo Jarvis, dejándose caer frescamente sobre una silla y poniendo las manos sobre la mesa.

El ciego alzó el brazo y señaló con su mano derecha el lugar donde permanecía la mujer.

—Sé que ella no os engañó. Os entregó dos mil dólares a cada uno, por anticipado, y os ofreció otros veinte mil a cambio de vuestra colaboración. Según tengo entendido, los dos estuvisteis de acuerdo —dijo con voz lenta, monótona.

—Es posible —respondió Jarvis, alzando belicosamente la mandíbula—. Pero entonces no sabíamos que iban a sacar del Banco más de trescientos mil dólares. ¿Creían que no íbamos a adivinarlo? Era muy sospechoso su capricho de que la central térmica volase por los aires precisamente a las dos en punto de la madrugada. Esta mañana se ha corrido la voz de que una sucursal bancaria de Santa Ana había sido robada durante la noche. El botín: algo más de trescientos mil dólares, quizá cuatrocientos mil. Ustedes no tuvieron en cuenta que conocemos muy bien la zona y que podríamos enterarnos de todo tan rápidamente, ¿verdad?

—Eso no altera las cosas, Jarvis —dijo el ciego—. Ustedes no consiguieron ese dinero. No hicieron más que cumplir con nuestro encargo. Creo que están suficientemente pagados.

Jarvis se puso en pie de un salto.

—¡Se equivocan si piensan que van a liquidarnos de una patada! ¿Qué creen que podría ocurrirles a los tres, si yo hiciese cierta llamada anónima a la policía? —preguntó, fachendoso.

—¡Siéntate, Jarvis! —gritó autoritariamente el manco—. Las cosas pueden arreglarse sin bravuconadas.

—Ajá —exclamó Jarvis, obedeciendo—. Están dispuestos a llegar a un arreglo, ¿eh?

El cojo asintió lentamente.

—Tendremos que llegar a una solución, ya que parecéis

dispuestos a delatarnos —dijo con una sonrisa fría como el hielo.

Y disparó bajo la mesa hasta que agotó el cargador de la pistola que empuñaba.

Apenas una sucesión de discretos taponazos, que casi parecían inofensivos, se dejaron oír.

Jarvis contrajo sus facciones en un rictus de indescriptible rabia. ¡Se había dejado engañar, él, un tipo avisado, cínico y desconfiado!

Desesperadamente, crispó sus manos sobre la mesa, ansioso por escapar a la muerte.

Pero el plomo estaba en su pecho. Y también en el de Meadson, que había caído de rodillas y lloriqueaba, contemplando incrédulo la sangre espesa que manchaba sus manos.

De repente, Jarvis cayó hacia atrás, arrastrando sobre él la mesa.

En la única mano de Houlton apareció la pistola.

Todo quedó en silencio. El ciego miraba sin ver, el humo de la pólvora se elevaba despacio hacia el techo, los ojos brillantes de la mujer que aguardaba en el rincón contemplaban enloquecidos los dos cuerpos acribillados a balazos.

Houlton se puso en pie, al cabo; apartó la mesa, colocándola en posición correcta. Se inclinó sobre los cuerpos de Jarvis y Meadson, y movió la cabeza con lentitud.

—No hubo otra solución. El muchacho parecía dispuesto a denunciarnos —dijo en voz baja.

—Es la mejor solución —respondió duramente Milton Shigow—. Ahora podremos estar seguros de que nunca nos traicionarán.

Del rincón opuesto llegó un alarido.

—¡No puedo soportarlo! —gimió la mujer, retorciéndose desesperadamente las manos—. Todo lo que veo a mi alrededor es muerte, muerte y muerte. Dejamos detrás de nosotros una estela de crímenes, de violencias y de sangre. Creo... creo que no podré seguir soportándolo.

Milton Shigow se puso en pie y se apoyó en su bastón de plata.

Guiándose por los sollozos de la mujer, avanzó hacia el rincón y se aproximó a ella.

Su mano izquierda acarició la falsa cabellera oscura.

—Vamos, vamos, Eva: era necesario. Deploro que Brett haya tenido que hacerlo, pero ellos se lo buscaron —dijo sin acento.

—¡Se lo buscaron! —exclamó Eva Hunter, con sarcasmo—. Yo les convencí para que siguieran vuestras instrucciones. No habrían muerto, si yo no les hubiera hablado...

Shigow soltó el bastón y oprimió con ambas manos los hombros femeninos.

—Por favor, Eva. No irás a flaquear ahora, ¿verdad? Nos propusimos una meta: vengarnos de Bartley, del hombre que no sólo nos robó y nos engañó, sino que trató de asesinarlos. ¡Mírate en un espejo, si es necesario quítate esa máscara que cubre tus facciones! ¿Qué quedó de tu rostro hermoso? Una cicatriz horrenda, un rostro horripilante... ¿Y todavía dudas?

Eva alzó, de repente, la cabeza. Con ira.

—¿Para qué todo esto, para qué la venganza? —exclamó, encolerizada—. Todas las venganzas del mundo no me devolverán mi aspecto anterior. No podré recobrar jamás la tersura de mis mejillas, ni la belleza que tú adorabas...

—Estás cansada, Eva. Debes descansar. Estos últimos días han sido muy duros para ti —murmuró con voz monocorde el ciego.

—¡No! No quiero descansar. Quiero desahogarme... Escucha, Milton: sé que ya no me amas. Estás unido a mí como sigues unido a Brett: sólo por el ansia de la venganza. Ya no me amas, porque sabes que mi rostro es una inmensa y repugnante cicatriz. ¿Por qué seguir fingiendo un amor que no existe?

La pasión vibraba en las palabras de Eva Hunter. Una pasión intensa, desesperanzada.

—No sabes lo que dices —respondió Milton Shigow. Su voz no sonaba ya tan indiferente—. ¿Has olvidado que yo no puedo ver tu rostro? Para mí no eres fea ni bonita. Eres tú, Eva: la mujer a la que siempre amé.

—¿No me mientes, Milton? ¿Es verdad que me amas? —preguntó ella, con angustiada ansia.

—No tienes derecho a dudarlo. Hace dos años de aquello. Desde entonces no nos hemos separado. Y unidos seguiremos para toda la vida —respondió el ciego.

Detrás de ellos, Brett Houlton rió sin ganas.

Pensaba que era absurdo escuchar aquella conversación apasionada, pero llena de incongruencias.

Eva, angustiada ante la incertidumbre del amor de Milton...

¿Qué otra cosa podía hacer un pobre ciego que agarrarse frenéticamente al brazo de la única mujer que podía ligarse a él para toda la vida?

Volvió a reír otra vez, áspera y secamente.

Pero no se burlaba ya de ellos, sino de sí mismo. Porque estaba contemplando el muñón de su brazo derecho.

—Está bien —gruñó, alzando coléricamente la voz—. Mientras vosotros seguís entregados a vuestras estúpidas demostraciones de amor, yo me ocuparé de libraros de estos dos despojos.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó Milton, volviéndose.

—Los meteré en su coche y lo abandonaré, con los cadáveres dentro, en algún lugar apartado —respondió.

CAPÍTULO IX

Tuvo que arrastrarlos a lo largo de la casa hasta el pasillo que comunicaba con el garaje.

Pero no importaba. Su único brazo era musculoso, y poseía una fuerza increíble. De modo que ni siquiera su respiración se había acelerado cuando salió por la puerta del garaje y se aproximó al automóvil de Jarvis.

Las llaves colgaban del panel. Dio, por tanto, al contacto, metió la marcha atrás y condujo con toda soltura hasta que el automóvil penetró en el garaje.

Bajó la puerta metálica y miró los dos cadáveres, sin la menor emoción.

Movió la cabeza, escéptico. No, seguramente no cabrían los dos en el exiguo portaequipajes.

¿Cómo transportarlos, entonces, hasta lugar alejado?

Sacó las llaves del panel, rodeó el vehículo y abrió la tapa del portamaletas.

Poco después, el cadáver de Dan Meadson, más robusto y voluminoso, estaba perfectamente acoplado en el hueco del portaequipajes. Pero, indudablemente, el espacio que restaba no era suficiente para el cuerpo de Jarvis.

Entró en la casa y volvió con unas mantas y unos periódicos.

Sin gran esfuerzo, introdujo el cuerpo de Jarvis tras el respaldo del asiento delantero, sobre el piso del vehículo. Luego lo cubrió con las mantas perfectamente, y dejó encima los periódicos extendidos.

Se retiró unos pasos, y contempló el bulto con expresión crítica. No quedaba todo lo bien que hubiera sido de desear, pero podía pasar.

Levantó la puerta del garaje, sacó el coche y volvió a cerrar. Poco después descendía de las colinas y alcanzaba la carretera.

Tardó hora y media en cruzar la ciudad de Los Angeles y su dilatado perímetro de poblaciones anexas.

Al fin, el coche rodó sobre el ancho firme de la carretera número Cinco, dirección a San Diego.

Había avanzado unos quince kilómetros, y rodaba a gran velocidad cuando escuchó el alarido de una sirena.

Su delgado rostro, cubierto de cicatrices, se tomó aún más pálido, y algunas gotitas de sudor cubrieron su frente: dos agentes motoristas le iban a la zaga.

Nunca estuvo más cerca de cometer un tremendo disparate, porque la pistola estaba bajo su cinturón, al alcance de su única mano.

Sin embargo, no la cogió. Por el contrario, alzó el pie del acelerador y frenó suavemente.

Uno de los motoristas le adelantó, y señaló, con un ademán perentorio, que debía detenerse en el arcén.

Era una situación terrible. Los policías advertirían inmediatamente que era manco. Y un hombre manco necesita una autorización especial para poder conducir automóviles.

Sólo que no tenía aquella autorización.

En tensión todos los músculos, frenó y se desvió hasta que el automóvil se detuvo sobre él arcén.

Sólo había una esperanza para él: que los policías no advirtieran la falta de su mano derecha. Inmediatamente se irguió, cuadró los hombros y acomodó la manga derecha de su chaqueta de forma que pareciera que el brazo descansaba sobre el hueco existente entre los dos asientos.

Fue entonces cuando vio la bolsa de los documentos. La sacó del bolsillo de la portezuela y vio el permiso de circulación y la licencia para conducir vehículos de... Paul Jarvis.

Uno de los policías se acercaba ya, mientras el otro permanecía junto a su motocicleta.

—Amigo, usted se ha confundido de dirección —rugió el hombre, inclinándose para mirar a Houlton—. Esto no es Indianápolis.

—Lo siento, agente. Este coche corre demasiado. Es cierto que

iba a velocidad excesiva. Lo siento —confesó, con una sonrisa.

Sólo Houlton sabía lo que le costaba sonreír en una situación semejante, pero el hecho práctico fue que el policía sonrió también.

—En fin, al menos no es usted uno de esos jovenzuelos engreídos. Pero tendré que ponerle una multa de cinco dólares, por circular a velocidad excesiva, amigo. ¿Quiere dejarme su documentación? —pidió.

—Claro que sí, agente. La tenía ya dispuesta —dijo.

¡El policía ni siquiera había reparado en la falta de su brazo derecho!

Houlton le vio apoyar un cuaderno sobre la capota del coche, y tomar rápidamente los datos del vehículo y el conductor. Si no reparaba en la fotografía del permiso de conducir, todo iría sobre ruedas.

Entretanto, Houlton había sacado disimuladamente de su bolsillo un billete de cinco dólares. De aquella forma, el policía no estaría observándole cuando sacase el dinero para sacar la multa.

—Bien, eso es todo —dijo el agente, tendiéndole el boleto y recogiendo el dinero—. Recuerde que no debe dejarse llevar por la afición a la velocidad.

—Descuide, lo recordaré —sonrió Houlton.

Fue entonces precisamente cuando el policía pareció advertir el bulto del cadáver de Jarvis bajo las mantas y los periódicos.

—¡Eh, espere, señor Jarvis! ¿Qué es lo que lleva ahí? —exclamó el agente.

Houlton se quedó helado.

Quizá la desesperación le obligó a reaccionar de forma absurda.

—¿Eso? Es un cadáver, agente. Detrás llevo otro, en el portamaletas —exclamó con voz ronca.

El policía le miró a los ojos. Y de pronto estalló en una carcajada estruendosa.

—Tiene gracia. Conque un par de «fiambres», ¿eh? —comentó, entre carcajada y carcajada.

—Es un regalo para mi abuelito —explicó Houlton, haciendo visajes—. Le gusta coleccionarlos.

—Está bien —respondió el policía, congestionado por la risa—. Puede seguir.

Houlton no esperó a oír la orden dos veces.

Arrancó el motor, puso el intermitente de la izquierda y aceleró.

Durante media hora, sólo hizo una cosa: mirar continuamente a través del espejo retrovisor. Luego, cuando comprendió que acababa de desafiar a la suerte con resultado increíble, soltó una carcajada.

A unos treinta kilómetros de Los Angeles divisó un camino y se desvió por él.

Un gran maizal se extendía hasta allá donde se perdía la vista. Frenó, bajó del coche y, convencido de que nadie le observaba, sacó el cadáver de Jarvis y lo arrastró entre los altos tallos de maíz.

Cuando hubo hecho otro tanto con Meadson, regresó al coche y condujo hasta la carretera.

No era sensato volver por el mismo camino. Por lo que continuó rodando en dirección sur hasta que divisó el cartel que anunciaba la desviación hacia la carretera Trescientos Noventa y Cinco, que le llevaría hasta Los Angeles por Riverside.

No sentía ni hambre ni sed, sólo ansias de fumar. La tarde era apacible, el sol lucía en el firmamento y la circulación era escasa.

Condujo sin prisas, con el cigarrillo en los labios. Una ojeada al espejo retrovisor le devolvió un fragmento de su rostro prematuramente envejecido, cubierto de pequeñas cicatrices, producidas por una explosión.

Los recuerdos llegaron tumultuosamente a su cerebro: la maleta que les había entregado Lionel Brown, la cabina, el ansia retratada en los rostros de Eva y de Milton Shigow.

Y luego, violentamente, la explosión.

Había despertado tres días después, en la habitación del hospital. Tenía el rostro vendado y... le faltaba el brazo derecho.

La enfermera se apresuró a decirle que Eva Hunter y su amigo Milton ocupaban otras tantas camas en la misma planta del hospital. Cuando alguien penetraba en su habitación, Houlton podía ver durante un segundo la silueta maciza de un policía de uniforme, en el pasillo.

En los días siguientes fue conociendo la horrible verdad: Eva estaba irremediablemente condenada a mostrar un rostro deforme, horrible, repugnante. Uno de los médicos insinuó que hubiera sido posible, en los tres primeros días, un injerto de tejidos, pero ninguno de los tres tenía un centavo para sufragar la costosa

operación.

En cuanto a Milton Shigow, había perdido algo quizá más valioso y trascendente: los ojos.

Cuando Eva pudo ver su rostro, su reacción fue terrible: intentó arrojarle por la ventana de un sexto piso. Milton fue el único capaz de llevar la resignación a su ánimo, sacando fuerzas de flaqueza.

No fue aquello todo. En cuanto fueron dados de alta en el hospital, la policía se hizo cargo de ellos.

Durante muchos días fueron interrogados por la policía, en relación con el caso Marton. Pero ninguno de ellos confesó una sola palabra. Si la catástrofe y la desolación se habían abatido sobre ellos, un policía testarudo no podría verles fácilmente.

Houlton había averiguado algunas cosas. Por ejemplo, que un desconocido había telefonado a la policía, poco después del robo en la empresa Marton, y les había denunciado.

Pero la denuncia en sí no era una prueba. Cualquier persona puede denunciar anónimamente a sus semejantes, sin que ello constituya prueba incriminatoria.

La tozudez de los tres, y un rasgo compasivo del fiscal, les libró de la policía. A falta de pruebas, fueron dejados en libertad.

Pero entonces comenzó una época terrible para los tres. ¿Cómo podrían ganarse la vida tres inválidos?

—No sólo conseguiremos dinero, sino que además nos vengaremos de Bartley —aseguró fríamente Milton Shigow—. No me importa vivir, sólo la venganza. Sólo contamos contigo, Brett. Has perdido un brazo, pero te queda otro, y los ojos y las piernas y el cerebro y... el ansia de desquite. Pensaremos, reflexionaremos sin prisas. Bartley habrá huido lejos, es de suponer. Pero le encontraremos.

Habían robado, chantajeado, estafado, incluso matado. Habían ganado dinero, grandes sumas de dinero, que estaban bien aseguradas.

El dinero sólo era un medio para llegar a la venganza. Y como escalón hacia ella, había que seguir las huellas de Oscar Bartley.

Había sido muy difícil, lento y laborioso conseguir la seguridad de que Bartley vivía en Los Angeles: un médico le había atirantado las mejillas, alterando de paso la nariz y los labios.

No, no sabían dónde vivía, ni siquiera si seguía llamándose

Bartley o había cambiado de nombre.

Todo ello era sumamente fácil para un individuo que poseía treinta millones de dólares.

Pero existía un camino seguro para llegar a descubrirlo: su manía por los animales. Dondequiera que estuviera Bartley, sólo habría que vigilar las tiendas donde se venden animales de lujo y los parques zoológicos: un día u otro, Houlton estaba seguro de que acabarían encontrándolo.

Y entonces... Todo estaba preparado para terminar con Bartley.

¡Moriría de la misma forma que había utilizado para eliminar a los tres!

Es decir, convertido en fragmentos, por una potentísima explosión.

Houlton y sus compañeros estaban firmemente decididos a poner en práctica la Ley del Talión.

CAPÍTULO X

—Por favor, Bruce —lloriqueó Jane, cuando su acompañante detuvo el «Alfa Romeo» en el camino.

—Vamos, ven —llamó él, saltando del coche.

No parecía importarle el titubeo de la muchacha.

Ella le siguió. Tenía miedo, pero siguió sus pasos.

Bruce la aprisionó por la cintura.

—Mmm... Estás deliciosa, nena —murmuró.

Prendidos por la cintura, avanzaron por el camino hasta llegar al maizal.

Se sentaron. Los altos tallos les ocultaban.

—Bruce...

—Jane, pequeña...

Fue entonces cuando Jane exhaló un alarido, y se puso en pie de un respingo.

—No seas histérica, por favor... —murmuró Bruce.

Jane estaba pálida como una muerta, y señalaba algo entre las matas, sin poder articular algo más que un gorgoteo de espanto.

Bruce miró hacia allí y vio unos zapatos de puntera cuadrada. Maldijo con toda su alma, y avanzó unos pasos, tronchando los tallos.

También él gritó cuando puso una mano sobre un rostro frío y desencajado.

Un momento después, se reunía con Jane y la arrastraba hacia el camino.

Corrieron y corrieron, sin detenerse hasta llegar al coche.

Llegaban al foso de los rinocerontes, cuando Sean O'Sullivan detuvo a Glenda junto al tronco de una palmera, y la abarcó por la cintura.

Los cabellos rubios enmarcaban un rostro delicado, de pómulos atractivamente salientes, nariz respingona, ojos grandes, rasgados, y labios rojos, entre abiertos y anhelantes.

O'Sullivan

aproximó los suyos y besó la boca de Glenda con apasionado amor.

Los labios tiernos, jugosos, frescos, respondieron inmediatamente a la caricia.

—¡Eh, eh! —protestó débilmente ella, apartando al hombre con esfuerzo—. Déjame respirar al menos, abusón.

Sean intentó besarla de nuevo, pero ella se lo impidió.

—¿Quieres que nos sorprenda míster Richards? Ya puedes imaginarte lo que pensaría de mí. «Impropio de una doctora en Veterinaria», diría, frunciendo el ceño y mirándonos por encima de las gafas —rió ella, escapando de sus manos.

Sean la siguió sin prisas, recreándose en la contemplación de la airosa silueta de la doctora Glenda Norton.

La amaba, pero no aprobaba que ella dedicara la mayor parte de su tiempo a sus «bichitos».

Los «bichitos» no eran sino los animales del parque zoológico: elefantes, hipopótamos, camellos, rinocerontes, gacelas, cocodrilos...

Más allá del paseo flanqueado por altas palmeras, algunos auxiliares acababan de penetrar en el foso donde un rinoceronte blanco yacía en el suelo.

Sean avivó el paso y se reunió con Glenda.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando al rinoceronte.

—«Poliphemus» padece del estómago: un clavo debió clavársele en el intestino. Los guardianes han disparado contra él una flecha hidráulica, que inyecta un anestésico. Ahora «Poliphemus» será colocado sobre una plataforma y elevado por una grúa. Lo llevarán a una sección especial, donde abriré su estómago y veré de arreglar sus intestinos.

—Maravilloso —rió Sean de mala gana—. Tal vez un día de éstos me trague un puñado de clavos. Es posible que entonces me

dediques más atención.

Glenda le miró intensamente.

—No te enfades amor. Esto es para mí una verdadera vocación. Pero me apartaría de ella si tú dijeras un par de palabras —bromeó.

—¿Cuáles? —preguntó rápidamente el policía.

—«Cásate conmigo» —silabeó claramente ella.

Y desapareció tras la verja, antes de que

O'Sullivan

pudiera detenerla.

La siguió con la vista hasta el foso y luego se apartó de allí. Poco después salía del zoológico y tomaba su coche aparcado en las inmediaciones.

—Ella tiene razón, qué diablos —murmuró, al tiempo de poner el motor en marcha—. Hace casi un año que nos conocemos. La amo, lo sé. Pero no tengo prisa por casarme. Me gusta mi profesión, quiero tomarle el pulso a la vida, esto es todo.

Glenda era guapa, cariñosa sencilla. Sus padres no eran viejos, y poseían un buen humor envidiable. Por el contrario, Sean no tenía familia.

Condujo sin prisas hacia el centro. Atravesaba Wilshire Boulevard, cuando el radioteléfono instalado bajo el panel comenzó a zumbar.

—

¿O'Sullivan?

Habla Howard Tell.

—Aquí

O'Sullivan.

Le escucho, jefe.

—Dedicando el tiempo del servicio a la doctora Norton, ¿eh? —Gruñó Tell, con increíble clarividencia—. Dese prisa y corra hacia Oceanside, carretera Cinco. Una pareja de jóvenes han encontrado dos cadáveres en un maizal, a la altura del kilómetro treinta y siete. Uno de ellos llevaba en sus bolsillos el recibo de un garaje dedicado al alquiler de vehículos, a nombre de Paul Jarvis. ¿Le suena el nombre.

O'Sullivan?

—No existe ninguna duda —murmuró

O'Sullivan

—. Se trata de Daniel Meadson y Paul Jarvis.

Míster Tell comparó las fotografías de las fichas policiales con los rostros sin vida de Jarvis y Meadson.

—Está bien, volvamos al coche. Hace un frío aquí que cala los huesos —respondió Tell.

No confesó que sentía temor en los frigoríficos de la Morgue, pero Sean lo sabía de sobras.

Entraron en el coche, y Sean condujo hacia Hollywood Park.

—¿Y bien? —preguntó míster Tell, tras encender nerviosamente un cigarrillo—. Espero que haya averiguado algo más.

O'Sullivan

sonrió. Tell siempre se mostraba rudo cuando experimentaba temor o repugnancia, como acababa de ocurrir en la Morgue.

—Bueno, no mucho, pero sí algo. He tomado huellas necrodactilares de los cadáveres, he telefoneado a Aldigton-Cars y obtenido los datos del coche que alquiló Jarvis. De camino he dado instrucciones por teléfono para que se busque el automóvil. Puede haber algo interesante en él. También he registrado minuciosamente las ropas de esos dos e incluso su calzado. Envié una muestra de barro amarillento encontrado junto a los tacones. Ted Calver asegura que el barro es absolutamente igual, en su composición, al de los terrenos que rodean la central electrotérmica de Santa Ana. Creo que esto último puede justificar perfectamente unas tranquilizantes declaraciones a la prensa, ¿no es eso? Además, he conseguido rápidas copias de las fotografías de Jarvis y Meadson, y enviado a Hutton y a Gowell a que recorran los alrededores de la central con el fin de que algunos testigos puedan identificar a, los dos individuos o el coche que alquilaron.

Por primera vez desde que se entrevistaron en el depósito de cadáveres Howard Tell esbozó algo semejante a una sonrisa.

—No está mal —respondió adustamente, sin embargo—. ¿Averiguó algo más?

—Pues bien: conseguí sacarles a un par de «horizontales» de lujo, llamadas Sarah Hilton y Rudi Gandarias, que Jarvis y Meadson pasaron algunas horas de la madrugada en su compañía. Tienen alquilada una vieja casa en Presidio Lane, en donde suelen recibir

las visitas de algunos caballeros sobrados de dólares. Según ellas, nuestros dos hombres durmieron hasta las doce y almorzaron en compañía de sus «odaliscas». Jarvis parecía malhumorado y repitió varias veces que un manco le había estafado y que estaba dispuesto a dejar correr la sangre por vengarse de la injuria, a menos que el tipo le entregase algún dinero adicional.

Tell apenas pudo reprimir su asombro.

—¡Caramba! —exclamó al fin—. Eso supone un excelente avance. Si nos fiamos del testimonio de esas dos... damas, poseemos una pista clara: el hombre que contrató a esos dos canallas es manco. ¿Está seguro de que esas dos mujeres no han mentido? ¿No pudieron precisar si Jarvis y su compañero mencionaron algún nombre?

O'Sullivan rió silenciosamente.

—Estoy seguro que la Hilton y la Gandarias dijeron la verdad. Las convencí de que podía llevarlas a la cámara de gas o poco menos, si sus palabras no eran ciertas —explicó, con su media sonrisa irónica en los labios—. Les dije que podía detenerlas en aquel mismo instante como prostitutas, pero les advertí también que aquél sería el cargo menos importante, puesto que podía acusarlas de complicidad en el sabotaje de la central de Santa Ana. Estaban muy asustadas y confesaron todo lo que sabían. No: Jarvis y Meadson no pronunciaron ningún nombre. Cuando Sarah Hilton les preguntó dónde pensaban dirigirse, Jarvis la miró con dureza y la amenazó con darle una paliza, si volvía a inmiscuirse en sus asuntos.

—Bien, esto aclara las cosas, en parte, Sean. Necesitamos encontrar a ese hombre manco. Pero, escúcheme, no le detenga si llega hasta él. Quiero saber quién es, sus antecedentes, relaciones, etc., antes de que podamos formular una acusación.

—Así lo haré, jefe. Dígame, ¿le llevo a su casa?

—No. Debo recoger algo en la oficina —respondió Tell—. Déjeme allí.

—Perfectamente —estuvo de acuerdo

O'Sullivan.

Pero estaba seguro que lo de «recoger algo» sólo era una disculpa. Tell se apresuraría a redactar un informe para la Prensa, en cuanto penetrase en la oficina central del FBI.

La noticia de la muerte de Jarvis y Meadson, como ejecutores del sabotaje, iba a ser un golpe rotundo. Tell sabría amañárselas para no dar muchas explicaciones en relación con la muerte de los dos saboteadores.

En cuanto Howard Tell se apeó del coche, O'Sullivan arrancó de nuevo y atravesó la ciudad hasta alcanzar la carretera de San Bernardino.

Quería hacer un par de preguntas a Jack *Ladder* Smith. Y en esta ocasión no pensaba pagarle precisamente con buenos dólares americanos.

Smith no se encontraba en *Lady Black*. Pero O'Sullivan no se preocupó demasiado por ello: conocía las preferencias del soplón y sabía dónde poder encontrarle.

Poco después penetraba en Lucky Box, una sala de juego situada en un sótano de la calle Roosevelt.

Dos individuos muy fornidos intentaron detenerle en la puerta. Pero el policía exhibió un buen fajo de billetes en la mano, y le fue franqueado el paso.

El ambiente, cargado de humos y de poco gratos «aromas» a sudor agrio, era irrespirable.

Allá en un rincón, recostado sobre la mesa de dados, estaba Ladder.

A juzgar por su expresión, no parecían irle muy bien las cosas en el juego.

O'Sullivan se acercó a él por detrás y puso una mano sobre su hombro.

—Vamos, Jack —dijo con una sonrisa—. Traigo algo para ti. Acompáñame al lavabo.

Smith ni siquiera se volvió a mirarle. Hablando por la comisura de los labios, respondió en un susurro:

—Vaya usted delante. Le seguiré dentro de unos minutos.

—Está bien, no tardes. Tengo prisa.

O'Sullivan se abrió paso a través del local atestado de clientes y desapareció por la puerta del fondo.

El lavabo estaba desierto. Tres minutos más tarde aparecía

Smith.

Recostado sobre la pared, encendió un cigarrillo y preguntó:

—Dijo que traía algo para mí. ¿Qué es ello?

De improviso,

O'Sullivan

le agarró por el pecho y le abofeteó brutalmente.

El cigarrillo saltó a dos metros de distancia y un chorro de chispas cayó sobre los cabellos del confidente.

Al sentirse libre, Smith retrocedió, espantado, y se apoyó en uno de los lavabos.

—¡Está loco, «poli»!... ¿Qué diablos significa esto? —gimió.

—Me mentiste, Jack. Me cobraste trescientos dólares y me engañaste. No podías imaginar que iba a preguntar a Jim Kendall, ¿verdad? El negro me dijo que era mentira, que nadie le había enviado a buscar a Meadson y a Jarvis. Decía la verdad. Jim no puso en contacto a la misteriosa dama con esos dos tipos. Ahora que lo pienso con calma, estoy seguro de que fuiste tú, Ladder.

Smith se encogió sobre sí mismo. Y de repente, metió una mano en el bolsillo.

Una navaja con resorte apareció en su mano. Conociendo a O'Sullivan,

el confidente debía estar desesperado para hacer aquello.

—Ajá —rió el policía, retrocediendo de un salto—. Eso ya me gusta más, Ladder. No me gusta golpear a un hombre que está en inferioridad de condiciones. Tú no eres otra cosa que un mono con cerebro, pero esa navaja equilibra las fuerzas. ¡Vamos, ataca!

Como si las palabras del policía tuvieran la virtud de galvanizarle, el soplón saltó hacia adelante y dirigió un tajo al vientre de su antagonista.

El brillante acero rasgó espectacularmente la camisa de O'Sullivan.

Pero eso fue todo, porque Sean apresó a Smith por el cuello y le proyectó contra la pared.

La cabeza de Ladder chocó contra los blancos baldosines tan violentamente, que el hombrecillo exhaló un alarido y se derrumbó. O'Sullivan

recogió la navaja y, tomando a Ladder por un brazo, sumergió su cabeza en un lavabo.

Cuando Smith comenzó a retorcerse un momento después, desesperadamente, el policía lo alzó de un tirón y lo acogotó contra la pared.

—¿Qué tal si dialogamos un rato, Smith? —preguntó burlonamente el policía.

Ladder habló fluidamente, sin que el policía le presionara lo más mínimo.

—Vi su coche varias veces, detenido ante el *Lady Black*. El manco entró en algunos establecimientos y comenzó a hacer preguntas aquí y allá. Adiviné lo que buscaban y una tarde me encaré con él. Le dije que si necesitaba un par de hombres de confianza, yo podría ponerle en comunicación con ellos. Me dio quinientos dólares. Al día siguiente hablé con Jarvis y con Meadson y estuvieron de acuerdo. Esa misma tarde el coche se detuvo en las proximidades del *Lady Black*. Hablé con el manco y le dije que el asunto estaba hecho. Me dio mil dólares más y envié a Jarvis. Eso es todo lo que sé.

—Estoy seguro de que había más personas en el coche, Jack. Hablaste en otra ocasión de una mujer —insinuó Sean.

—Es cierto. Había una mujer y otro hombre, con gafas.

—Descríbemelos.

El soplón obedeció. Escuchándole,
O'Sullivan
pareció más y más interesado.

—¿Cómo era el coche? —preguntó al cabo.

—Un coche vulgar, un «Rambler» gris.

—Bien. Estoy seguro de que procurarías seguirlos, Jack. Te conozco bien. Si viste la posibilidad de sacar más dinero, pensarías que lo mejor era averiguar dónde vivían los tres personajes.

—Es cierto que lo pensé. Pero el manco pareció adivinar mis intenciones. Me dijo que nuestra relación había terminado y que, si volvía a verme, dispararía contra mí sin previo aviso. Tenía una pistola, y para mí fue suficiente argumento. El tipo tenía malas pulgas. De forma que decidí dejarlo así. ¿Va a soltarme ahora?

O'Sullivan

le dejó bruscamente en el suelo. Como por arte de magia, unas esposas aparecieron en sus manos.

Antes de que Jack *Ladder* Smith pudiera reaccionar, sus muñecas

estaban sujetas por los grilletes de acero.

—Vamos, no te hagas el remolón. Vendrás conmigo, Jack. Otras personas decidirán si vale la pena dejarte en libertad o dejarte por un par de años en la penitenciaría.

No volvió al salón de juego, sino que empujó a Ladder a lo largo de un pasillo solitario.

Cuando llegaron a la puerta, los dos matones le cerraron el paso. O'Sullivan

sacó su revólver

«P-38»

y les encañonó.

—Policía federal. Si oponen resistencia, tendré que disparar contra ustedes —advirtió.

Fue una fórmula mágica para abrirse paso.

Los dos hombres se hicieron inmediatamente a un lado y le dejaron salir.

En la calle,

O'Sullivan

empujó a Ladder ante sí y le obligó a caminar aprisa hacia su coche.

Cuando el delincuente estuvo acomodado a su derecha, el policía dio al contacto y arrancó.

Luego soltó una carcajada y miró a Ladder, que le contemplaba venenosamente.

—Al fin y al cabo, te hago un favor, Jack. Ahora, esos dos del Lucky Box estarán convencidos de que nunca fuiste un alcahuete. Ventaja para ti. Cuando salgas, podrás dedicarte de nuevo a tu oficio de soplón —se burló.

Ladder no dijo nada. Tal vez estaba calculando sus posibilidades como confidente en la penitenciaría.

CAPÍTULO XI

Horace terminó de vestirle y abandonó el lujoso dormitorio.

Bartley descolgó el teléfono y dijo:

—¿Matthews? Que esté mi coche dispuesto para dentro de cinco minutos. Iremos al parque.

Sus manos, finas y bien cuidadas, acariciaron el excelente paño gris que Horace acababa de ayudarle a vestir.

—Nadie me reconocería ahora —murmuró, contemplando su rostro en el espejo.

Y era cierto: de Oscar Bartley, el presidiario, no quedaba nada.

Su rostro estaba más terso y sonrosado. Habían desaparecido las desagradables «patas de gallo» de sus párpados y las profundas arrugas que antes afeasen las comisuras de sus labios.

Todo había cambiado en él, incluso el nombre. Bartley se llamaba ahora Alexander Barrington.

La casa en que vivía era una mansión de treinta habitaciones, comprada a un famoso actor ya pasado de moda. ¿El precio? Ochocientos mil dólares.

¿Qué importaba todo lo demás? Su sueño se había cumplido. Tenía servidores, coches carísimos, amistades de fuste, dinero...

Abandonó la alcoba y pasó al salón. Junto a la gran cristalera que permitía ver el jardín, colgaba una gran jaula dorada. Dentro de la jaula jugueteaban tres ratoncillos blancos.

—Ah, pequeños, ¿os divertís? Vamos, «Evy»: deja subir la escalera a «Milty». Y tú, «Brett», no seas tan tragón o dentro de poco te habrás convertido en una bola peluda —cloqueó Bartley, mimoso.

Más allá había una gran pecera, dotada de agua corriente, ante la que se detuvo, embelesado.

La casa era, en realidad, una sucursal del Arca de Noé. Ciertamente que los servidores no aguantaban mucho en la casa, pues debían limpiar constantemente y cuidar con mimo a los gatos, perros, peces, ratones, conejillos de Indias y demás animalitos que Bartley tenía en su mansión. Pero ello no era obstáculo: su dinero le permitía contratar nuevos servidores una y otra vez.

Cruzó el espacioso vestíbulo y se disponía a salir, cuando Horace le salió al encuentro.

—Una carta para usted, señor. Acaba de traerla el chico de mensajerías y aguarda respuesta —dijo Horace.

Bartley tomó el sobre, lo rompió y leyó el papel, enarcando mucho las cejas.

—Se trata de Holloway, el director teatral. Me invita al estreno de su nueva comedia. Oh, no, no asistiré. Holloway odia a los animales. Escribiré unas letras disculpándome.

Horace trajo papel y una pluma de oro. Nerviosamente, Bartley escribió unas líneas, introdujo la carta en un sobre y escribió en él el nombre y la dirección de Holloway.

Un momento después, Matthews, el chófer uniformado, se inclinaba respetuosamente ante él y le abría la puerta del «Rolls-Royce».

Era una costumbre inveterada: cada mañana, a menos que se sintiera indispuerto, Bartley hacía una visita al zoológico y pasaba revista a sus idolatrados animalillos.

No pudo advertir que un «Rambler» de color gris seguía al «Rolls» a escasa distancia.

Dentro del «Rambler», Eva Hunter asintió, temblorosa:

—¡Es él, no hay duda! La misma letra, los mismos rasgos. Bartley ha podido falsear muchas cosas, pero no su letra.

—¿Estás segura? —preguntó el ciego, con ansiedad.

—Eva tiene razón —exclamó Brett Houlton, que conducía el automóvil—. Ése es Bartley. Ha cambiado un tanto, pero no lo suficiente como para engañarnos.

De Houlton había sido la idea de enviar al chico. El muchacho debía entregar una carta a Bartley, con el fin de forzarle a escribir unas líneas de respuesta.

—Entonces, ¡síguele! ¡No le pierdas de vista, Brett! —ordenó Milton Shigow, excitadísimo.

Poco después, el «Rolls» plateado de Bartley se detenía ante el zoológico. Matthews bajó de un salto, le abrió la portezuela y la deseó un feliz recorrido por el parque.

En cuanto a Bartley, había comenzado a experimentar en los últimos tiempos una gran atracción hacia los reptiles. Amaba a todos los animales fervorosamente, pero dedicaba más tiempo que nunca a los reptiles.

Ante la jaula que encerraba a una enorme boa permaneció como hipnotizado durante veinte minutos.

Los ojos cristalinos, semejantes a cristales tallados, de la boa, le atraían magnéticamente.

Al cabo se separó de allí y contempló las iguanas. Más tarde, permaneció inclinado sobre el estanque de los cocodrilos.

Ni en una sola ocasión reparó en aquel hombre al que le faltaba un brazo, protegidos los ojos con grandes gafas oscuras, que le seguía a prudencial distancia, sin perderle de vista un solo segundo.

Bartley hubiera dado personalmente de comer a todos aquellos animalitos. Por desgracia, los guardianes aparecían cuando menos se les esperaba, y se mostraban siempre groseros e intransigentes: estaba terminantemente prohibido ofrecer cualquier clase de alimento a los animales.

A veinte metros de él, Houlton vigilaba todos sus movimientos. De vez en cuando consultaba su reloj de pulsera y hacía una anotación en su cuaderno.

Hacia las doce, Bartley comenzó a sentir frío. El cielo estaba nublado. Corría el mes de noviembre y el otoño se presentaba frío y desapacible.

De pronto, un violento estornudo le obligó a estremecerse. Se limpió los labios con un pañuelo de batista marcado con un artístico y caro monograma, y decidió volver a casa.

Sentía un cierto malestar en la espalda, y su nariz comenzaba a enrojecerse.

—No es nada —murmuró animosamente, cuando volvía hacia el coche—. Un trago de jerez me aliviará.

Junto al estanque de los cocodrilos, Brett Houlton tanteó el piso enarenado con la puntera de su zapato y sonrió.

Luego abandonó el parque, y se reunió con Eva y Milton.

—Creo que todo está en orden —rió secamente—. No hay duda,

es Bartley. He oído sus palabras cariñosas dirigidas a los cocodrilos, he visto el brillo emocionado de sus ojos cuando contemplaba a las iguanas. Es él; el mismo hombre metódico que nosotros conocimos.

Milton Shigow se frotó las manos.

—Perfectamente —murmuró, inquieto—. Volvamos a casa, Brett.

* * *

El hombre asintió con vigorosas cabezadas.

—Sí, vendí un «Rambler-Ambassador» gris, del sesenta y nueve. Era un hombre manco. Conducía muy bien, pese a tener un solo brazo —dijo.

Sean

O'Sullivan

puso ante sus ojos una fotografía.

—¿Era éste? —preguntó.

El vendedor de automóviles tomó la cartulina en sus manos y la miró con atención.

—Creo que pudiera ser —confesó—. Aunque aquel hombre llevaba gafas ahumadas. De todas formas... ¡Sí, sí, era él, ahora estoy seguro!

O'Sullivan

recuperó la fotografía, disimulando su satisfacción.

—Supongo que tomaría nota de su domicilio —insinuó—. ¿Lo recuerda?

—¿Cómo recordar tantas cosas? Vendo dos o tres docenas de coches cada día. Pero los datos están en la copia del permiso provisional de circulación^[3]. Venga conmigo a la oficina. Se lo mostraré —ofreció el hombre.

Caminaron hasta la cabina situada en un extremo del parque de vehículos y el vendedor abrió una carpeta y seleccionó un documento, que ofreció al policía.

—Norman Lane, veintitrés —deletreó

O'Sullivan,

al tiempo que escribía velozmente la dirección en un cuaderno—. ¿Se llamaba Brett Hammond?

—Ése fue el nombre que me dio —respondió el vendedor.

—Gracias por todo. ¿Puedo utilizar el teléfono?

Antes de escuchar la autorización,

O'Sullivan

estaba marcando ya el número correspondiente a la oficina de ordenación urbana del Ayuntamiento de Los Angeles.

—Soy

O'Sullivan,

de la Oficina Federal. ¿Quiere decirme dónde se encuentra un lugar llamado Norman Lane? —suplicó.

—Distrito 42, entre Kensington Avenue y La Cholla Street, en Glendale —le respondieron.

Un momento después, abandonaba el parque de vehículos usados y se trasladaba a Glendale por la carretera Cuarenta y Nueve.

Si Brett Houlton, cuya ficha policíaca obraba ya en la oficina de Los Angeles, había mentido al cambiar su apellido por el de Hammond, era muy posible también que hubiera dado un domicilio falso.

En ruta,

O'Sullivan

descolgó el radio-teléfono y se comunicó con Howard Tell.

—Es necesario dar la orden de buscar al vehículo matrícula de Los Angeles 0986, marca «Rambler», modelo «Ambassador», color gris, de mil novecientos sesenta y nueve. El hombre que lo compró dio el nombre de Brett Hammond, pero el vendedor lo ha reconocido en la ficha de Brett Houlton, jefe.

—Caramba, Sean. Estoy comprobando que se mueve muy aprisa. Transmitiré la orden a la policía estatal, y el coche será hallado, delo por seguro. Por desgracia, no todo marcha tan bien. Acabo de recibir la noticia de que Jack *Ladder* Smith ha conseguido fugarse del calabozo. Fingió un dolor de estómago y obligó al vigilante a abrir la puerta. Ladder logró desarmar al policía y fugarse, tras dejarlo sin sentido. Consiguió alcanzar el garaje y escapar en un coche policíaco. He dado ya la orden de busca y captura.

—¡Ese granuja! —exclamó

O'Sullivan,

sorprendido—. ¿Por qué ha escapado a la desesperada? En realidad, no poseíamos pruebas suficientes para encarcelarlo. Ahora, sin

embargo, él mismo se ha colocado la soga al cuello.

—¿Quién sabe lo que piensa un criminal, Sean? Dígame, ¿hacia dónde se dirige? —preguntó Tell.

—Houlton dio al vendedor de coches un domicilio en Norman Lane, Glendale —respondió—. Quiero comprobar si el domicilio es falso.

—Probablemente. Un criminal de su talla no cometería un error tan evidente. Por cierto, ¿qué cree que buscan Houlton, Hunter y Shigow en Los Angeles?

—He estado pensando en ello —contestó O'Sullivan,

tras frenar apuradamente tras una furgoneta de reparto—. ¡El maldito estúpido...! No, señor Tell, no me refería a usted, sino al conductor de una furgoneta contra el que he estado a punto de estrellarme.

—Volvamos a nuestra conversación, por favor —insistió Howard Tell—. Decía usted que...

—¡Sí, sí...! Según la documentación enviada por la policía de Atlanta, no pudieron procesarles a los tres por el robo de la empresa Marton. En cuanto al cuarto personaje, un individuo llamado Oscar Bartley, desapareció. En realidad, la policía de Atlanta sospechó que Bartley hubiera muerto a manos de los tres «socios». Tal vez le mataron o hicieron desaparecer su cuerpo. Pero ahora, la presencia en Los Angeles de tres delincuentes peligrosos, me obliga a sospechar lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente, que Bartley no murió, sino que escapó con el botín y se esfumó. —El paso estaba libre. Aceleró y adelantó a un autobús, tras lo cual añadió—: Usted sabe que tanto Houlton como Shigow y Eva Hunter sufrieron espantosas mutilaciones, tras la explosión de una bomba. La policía no consiguió desentrañar el misterio, y los que podían hablar, callaron. Tenga en cuenta, además, que unos cien millones de dólares en gemas seleccionadas desaparecieron para siempre. Algunas de ellas, según la policía de Atlanta, se han encontrado en

Hong-Kong,

en Manila y en Australia. Pero el indicio se desvaneció, impidiendo seguirle la pista a las gemas, en todos los casos.

En el auricular,
O'Sullivan
escuchó la interjección de míster Tell.

—¿Quiere decir que esos tres han venido hasta Los Angeles para consumir una venganza? Ello presupondría que Oscar Bartley se encuentra en esta ciudad —exclamó, con cierto tono de incredulidad.

—Eso es lo que pienso, señor. Posiblemente, Bartley haya cambiado de nombre, como han hecho todos ellos. Según su ficha, Bartley es un maníaco; siente un amor desenfrenado por los animales. En una ocasión, mató a varias personas con una bomba... porque una de ellas martirizaba a los animales del Zoo, ¿puede comprenderlo? Si Bartley consiguió las gemas, ha demostrado ser un genio a la hora de venderlas.

—Escuche, Sean; creo que habrá que pensar en buscar a ese Bartley, aunque desconozcamos su identidad actual —observó Tell.

—Si conseguimos encontrar el coche de Houlton, las cosas serán más fáciles, señor. Houlton, Shigow y la mujer nos llevarán hasta Bartley. Voy a cortar la comunicación; estoy acercándome a Glendale. Le mantendré al corriente.

—De acuerdo, Sean. Y tenga cuidado. Algo me dice que nos estamos aproximando al desenlace —recomendó Tell.

El coche de
O'Sullivan
rodaba ya por Kensington Avenue, en Glendale.

Poco después se desviaba a la derecha y se detenía ante el número 23 de Norman Lane.

No tuvo que perder el tiempo: aquel número correspondía a... un solar que servía de almacén de materiales para la construcción.

No se sentía desencantado. Era lo que había esperado.

Pensó en Glenda. Ardía en deseos de reunirse con ella, de confesarle que ansiaba casarse con ella, en cuanto hubiera resuelto el caso policíaco del que estaba ocupándose.

Estaba decidido. ¿Por qué perder el tiempo, cuando sabía perfectamente que la felicidad estaba junto a la bella doctora en Veterinaria?

Marcó un número en el radio-teléfono y comenzó a hablar con entusiasmo: Glenda estaba al otro lado y su armoniosa voz llegaba

claramente a través de las ondas.

* * *

Brett ajustó con cuidado la tapa y mostró el estuche de madera a Eva.

—Un mortífero juguete —rió, sin alegría—. Todo está a punto. Bastará una leve presión sobre la tapa para que, ¡zas!, Bartley quede convertido en pedacitos.

La mujer se oprimió desesperadamente las sienes.

—¡Por favor, por favor, Brett, Milton, olvidemos esa absurda venganza y alejémonos de aquí! —imploró, llena de angustia—. Con el dinero que tenemos podríamos ser muy felices en cualquier país de Sudamérica.

El ciego se irguió en toda su estatura.

—Ni lo pienses, querida —respondió heladamente—. No renunciaré a la venganza, por nada del mundo.

—¿Ni siquiera por mí? —gritó ella—. ¡Te lo suplico, Milton!

Pero Shigow denegó con la cabeza.

—No hay felicidad para nosotros, Eva. ¿Cuándo vas a convencerte de que sólo somos tres tullidos? Para nosotros no hay más que una esperanza; el placer que nos producirá la venganza.

Ya iba a responder ella violentamente, cuando se oyó el zumbido del timbre de la puerta.

Brett se alzó de un brinco y fue hacia el vestíbulo.

En el porche estaba un tipo pequeño y canijo. Era Jack *Ladder* Smith.

En cuanto le hubo visto, las facciones de Houlton se contrajeron en un rictus colérico.

—Le dije que no volviera por aquí —advirtió glacialmente.

Smith rió con desvergüenza.

—¿Ni siquiera si vengo a avisarles, a evitar que caigan en manos de la policía? —preguntó con burla.

—Lárguese —exclamó sordamente Houlton—. No me interesa lo que tenga que decir.

—No sea atolondrado..., amigo. A estas horas, la policía sabe muchas cosas de ustedes. Por ejemplo; conocen la matrícula del automóvil que guarda en el garaje. ¿Va a dejarme pasar ahora?

—Está bien, entre —accedió Houlton.

—Usted delante. Tengo una pistola bajo el cinturón, amigo. Conque será mejor que se porte razonablemente. No me dejaré sorprender como Jarvis y Meadson, esos dos pobres chicos que descansan ahora en un cajón frigorífico del depósito de cadáveres. Así, muy bien. Entremos.

El ciego se removi6 en su asiento, al adivinar la presencia de un extraño. Eva no dijo nada. Lloraba en silencio, ajena a todo.

—Está bien. Hable —exigió Houlton—. ¿Qué sabe la policía de nosotros?

—Despacio, compañero —respondió Ladder, que contemplaba con los ojos muy abiertos el lujoso interior—. Necesito dinero. Acabo de fugarme de un calabozo y he dejado a un policía malherido tras mí.

—¿Cuánto? —preguntó Brett, con los músculos faciales en tensión.

—Me conformaré con cinco mil. Pero tienen que darme protección. Ahora no tengo dónde ir. Si me cogen, me encerrarán por el resto de mi vida. En estas circunstancias, no voy a andar con remilgos.

—Le daré el dinero. Hable.

Jack se dejó caer sobre un mullido sillón y tragó saliva.

—¿Una cigarrera? —preguntó, señalando el estuche que había sobre la mesa—. Tomaré un cigarrillo; llevo horas sin fumar.

—¡Quieto! —gritó Houlton, descompuesto. Y la mano de Smith se detuvo en el aire.

Entonces Brett tomó con infinito cuidado el estuche y lo guardó en un mueble de nogal.

—¿Qué diablos hay ahí? —preguntó Smith, al comprobar la palidez de Brett.

—¡Estúpido! —dijo éste, volviendo a la mesa—. Ha estado a punto de matarse y matamos a todos.

CAPÍTULO XII

La potente explosión atronó todo el parque. Inmediatamente, los animales del zoológico comenzaron a dar muestras de inquietud, mientras resonaban los gritos de espanto, y los vigilantes corrían hacia el estanque de los cocodrilos.

Eva Hunter, que lo había contemplado todo en presencia de Brett Houlton, abandonó el refugio del tupido seto y exhaló un alarido desesperado.

—¡Dios santo, es espantoso! —gimió—. ¡Esa pobre joven...!

Atacada por un acceso de histerismo, comenzó a gritar alucinantemente. Brett la sujetó en sus brazos y la golpeó de repente en la barbilla; inmediatamente cesaron los gritos y Eva se desplomó.

—¡Vamos, Smith, ayúdeme a llevarla hasta el coche! —gritó Houlton al confidente, que contemplaba, estupefacto, el tumulto formado junto al estanque de los cocodrilos.

Aprovechando la confusión, tomaron a la mujer entre los dos y abandonaron el parque.

—¿Qué...? —preguntó ansiosamente Milton Shigow, que aguardaba, impaciente en el automóvil.

—¡Maldito..., maldito Bartley! —rugió Brett, entre dientes—. Coloqué el artefacto explosivo bajo la arena, justo en el lugar en que él se situaba cada día para contemplar a esos bichos... ¡Pero no llegó!

—¿Qué ha pasado? —inquirió Milton, ya perdidos los nervios—. ¿Es ésta Eva? ¡Parece... desmayada!

—Tuve que golpearla... —explicó dificultosamente Houlton, cuyos dientes castañeteaban de rabia y de miedo—. Empezó a gritar como una loca cuando..., cuando...

—¡Dilo! —gritó el ciego.

—Verá —explicó Smith, que había ocupado la parte derecha del asiento anterior—, ha ocurrido un desastre. Bartley no apareció, después de las once, como esperábamos. Entonces, de pronto, una mujer, una joven vestida con bata blanca, se acercó al estanque de los cocodrilos. Intenté cortarle el paso, detenerla, pero no debió oírme. Luego, pisó la arena y...

Milton aferró al pequeño Smith con dos manos de acero.

—¿Quiere decir que no ha muerto Bartley, que ha sido otra persona la que ha hecho saltar la bomba? —preguntó, estremecido.

—Exactamente —respondió el confidente con toda desfachatez. Y agregó filosóficamente—: Lástima. Era una *gachí* de las que tumban de espaldas.

Callaron. Tensos, angustiados, dominados por el espanto.

Luego, de pronto, Houlton dio al contacto y arrancó. Tan bruscamente, que los neumáticos gimieron sobre el asfalto.

* * *

El coche estaba volcado, en el fondo de un barranco.

Una grúa de la policía acababa de descender muy despacio, y dos hombres maniobran con un cable de acero para halar del «Rambler» hasta la carretera.

Sean

O'Sullivan

se mordió los labios. Porque adivinaba que si Houlton había abandonado el coche, no era por accidente ni por capricho.

«Saben que les buscamos» —pensó—. Ahora, será más difícil hallarlos.

Había descendido hasta la mitad de la pendiente y, desde allí, contemplaba el trabajo del conductor de la grúa.

Arriba sonó un grito.

—¡Eh, señor

O'Sullivan!

¡Hay un mensaje para usted! —avisó un policía de uniforme.

Sean alzó el brazo, en señal de haber comprendido, y ascendió ágilmente hasta la carretera.

—Le llaman por radio —informó el policía—. Venga al coche.

Silbaba suavemente cuando tomó el micro y se sentó ante la radio del panel.

—Aquí

O'Sullivan.

¿Es usted, míster Tell? —preguntó.

Le contestó una voz agitada, desconocida.

—Soy Anthony Richards, el director del Zoológico, ¿me recuerda? No es muy agradable lo... lo que tengo que decirle, señor O'Sullivan.

Ha ocurrido un terrible suceso. *Miss Norton*... Bueno, venga hacia acá corriendo. O mejor, diríjase al hospital.

Palideció. E inmediatamente, las preguntas salieron a borbotones de sus labios:

—¿*Miss Norton*? ¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien?

—No lo sé. Ha estallado una bomba... No puedo explicármelo, nadie se lo explica. Pero eso es lo de menos. *Miss Norton* se encuentra grave. Una ambulancia acaba de llevársela. Me han dicho que la conducirían al Hospital Central. No puedo seguir comunicando. He pedido, por favor, que me dejasen utilizar la radio de un auto-patrulla, pero no puedo continuar. Lo siento, señor O'Sullivan.

Sean depositó el micrófono en su sitio y respiró hondo. Tan desencajadas estaban sus facciones, que el policía operador de radio se acercó a él y le preguntó:

—¿Se siente bien, señor

O'Sullivan?

¿Puedo ayudarle?

Denegó con un gesto.

—No, no, gracias, estoy bien. Por favor, encárguese de llevar el coche a Los Angeles. Yo tengo que volver urgentemente a la ciudad —dijo.

Y corrió hacia su coche.

Media hora después, frenaba como un loco ante el hospital, y se identificaba en el mostrador de recepción.

—Lo siento, señor

O'Sullivan

—le dijo la encargada—. *Miss Glenda Norton* se encuentra en el quirófano. Tendrá que esperar.

No esperó. Exhibiendo su credencial de policía federal, Sean consiguió llegar ante la puerta del quirófano.

Un ayudante le detuvo.

—Por favor, por favor, no puede entrar ahí. *Miss Norton* está muy grave. La explosión afectó sobre todo a sus piernas, aunque padece lesiones graves en el pecho, vientre, brazos y cuello. Créame, no es posible. Debe tener paciencia.

Volviéndose de espaldas, Sean apoyó su frente sobre la pared, y lloró amargamente, como un chiquillo.

* * *

La primera entrevista fue muy dolorosa.

Tuvo lugar cuarenta y ocho horas después. Glenda, muy pálida, los ojos brillantes, intentó sonreír al ver aparecer a Sean.

Pero en cuanto el

G-Man

se arrodilló a su lado y comenzó a llorar, las lágrimas brotaron también fluidamente de los ojos de la doctora Norton.

—Glenda, amor mío —murmuró el hombre—. No llores. Todo terminará bien, ya lo verás.

Pero ella, en lugar de calmarse, lloró aún más desgarradamente.

—No me lo han dicho, Sean, pero he podido adivinarlo. No podré volver a andar. La explosión destrozó mis rodillas. Los cirujanos han trabajado infatigablemente conmigo, pero mis piernas quedarán rígidas...

Sean no dijo nada. ¿Para qué? El sabía que Glenda no podría volver a andar, el propio doctor Terrell se lo había dicho.

—¿Qué importa eso? —exclamó con rudeza, acariciando las mejillas de su novia—. Yo estaré siempre junto a ti. Vamos a casarnos enseguida. Además..., ¿quién sabe? Más adelante te llevaré a Europa. Me han dicho que hay excelentes especialistas allí. Lo intentaremos todo..., ¡todo! Nunca perderé la esperanza.

Ella le acarició el cuello y le obligó suavemente a alzar los ojos.

—No habrá boda, Sean —pronunció en un susurro.

El hombre se estremeció.

—¿Qué has dicho, Glenda? ¿He oído bien?

—Sí —respondió ella, irguiendo la barbilla—. Lo he decidido

bien. No voy a atarte a mí. Cuando me den de alta, sólo seré una inválida.

—¡No me importa! —protestó fervientemente el hombre—. Nos casaremos.

—No. Lo he pensado mucho. Compréndelo, Sean. Tú eres todo dinamismo, movimiento, vida... Te cansarías de mí pronto, sería para ti como una carga...

—¿Eso piensas de mí? —preguntó Sean, con amargura.

Glenda volvió la cabeza. Era muy doloroso para ella mostrarse dura, intransigente, cuando anhelaba locamente recibir las palabras de consuelo del hombre al que amaba.

Pero se había trazado una meta, desde el momento en que supo que no volvería a andar. Y estaba decidida a cumplirla.

—Sí, Sean. Tal vez llegases a odiarme. Antes que llegar a eso, prefiero que terminemos ahora mismo. Guardaré un bello recuerdo de ti, créelo. Pero debemos separarnos.

—Pero ¡no es posible! Desvarías. Escucha, volveré mañana. Te habrás serenado y cambiado de opinión.

—No —respondió secamente Glenda.

Ya iba a responder Sean, cuando el doctor Terrell penetró en la habitación. Amablemente, pero con firmeza, empujó al policía hacia la puerta.

—Lo siento, señor

O'Sullivan;

tiene que marcharse ya. Compréndalo; *miss* Norton se encuentra débil todavía. No es recomendable que se fatigue en exceso y, sobre todo, debemos impedir que se emocione. Buenos días.

* * *

—¡Es él! —rugió

O'Sullivan,

golpeando la mesa con los nudillos—. Bartley, Oscar Bartley, aunque se haga llamar Alexander Barrington.

—Serénese, muchacho. Creo que no ha descansado suficientemente durante los últimos días. Lo mejor para usted sería descansar —respondió Howard Tell.

—¡No necesito descansar! —exclamó

O'Sullivan,

rabioso—. Tenemos al hombre que buscábamos, y usted se limita a recomendarme descanso.

—¿Cómo sabe que ese tal Barrington es precisamente Bartley?

O'Sullivan

rió sin ganas.

—No me pasé cuatro años en Quántico inútilmente, jefe. Fue fácil; llamé a la puerta de su lujosa villa de Beverly Hills, y me hice pasar por inspector de Hacienda. Un mayordomo impresionante me dijo que el señor Barrington estaba enfermo y no podía atenderme. Insistí. Dije que era absolutamente necesario que firmase, al menos, mi acta de inspección. El mayordomo estuvo de acuerdo y me recogió el impreso que le tendí. Me lo habían preparado en el laboratorio; el papel era brillante, apto para tomar huellas. Un momento después, me devolvían el impreso, firmado. En él estaban claramente impresas las huellas de Barrington. Coinciden perfectamente con las de Oscar Bartley. ¿Todavía duda que sea él?

—No. Pero no puedo autorizarle a detenerle. No tenemos pruebas. Si registramos esa casa y no encontramos algo en qué apoyamos, Barrington podría perjudicarnos.

—¿Qué quiere que haga, entonces? —preguntó

O'Sullivan,

con fiereza.

—Lo que ya ha hecho. Vigilar discretamente la casa durante las veinticuatro horas del día. Sólo le autorizaré a penetrar en ella por la fuerza si acuden Houlton y los otros.

—¿Cree que lo harán? Pueden pasar meses e incluso años, antes de que eso suceda. Entretanto, Bartley gozará de la vida impunemente. ¿No lo comprende? ¡El puso la bomba que destruyó a Glenda Norton! Es su estilo: hizo algo semejante en Atlanta. —

O'Sullivan

se iba excitando más y más, a medida que hablaba.

Míster Tell le observó con grave expresión.

—Escuche, Sean: tendré que relevarle de este trabajo, si no me promete formalmente que procurará dominarse. Siento mucho el penoso accidente sufrido por miss Norton, pero el resentimiento no debe guiar los impulsos de un policía honesto. Si está de acuerdo, le separaré de este servicio —dijo sin brusquedad.

Ya iba a contestar violentamente
O'Sullivan,
cuando comprendió que aquél no era el mejor sistema para seguir
en activo.

Se reprimió, pues, con un gran esfuerzo de voluntad, y respiró
hondo.

—Míster Tell, usted sabe bien que no dispone de un policía
federal que pueda llevar este asunto como yo. Le prometo que
actuaré con honradez y dejaré a un lado mis motivos personales —
prometió.

—Muy bien. Entonces, ármese de paciencia y dispóngase a
esperar los acontecimientos. Eso es todo —respondió su jefe.

—Lo conseguiré —dijo

O'Sullivan.

Y abandonó el despacho de míster Tell.

Sin embargo, mientras recorría los pasillos del FBI, tuvo que
confesarse a sí mismo que odiaba ardientemente a Bartley y a las
tres personas que le buscaban para vengarse.

Glenda Norton, inválida, convalecía lentamente en el hospital.
Quince días antes era una joven bella, alegre, llena de vida.

Ahora... Ahora no era más que una pobre mujer, condenada de
por vida a moverse sobre una silla de ruedas.

Pensando en ello,

O'Sullivan

no pudo evitar que sus dientes rechinaran.

CAPÍTULO XIII

—Sé la causa que motivó que Bartley no fuera al parque, el día en que debía morir —anunció Ladder Smith—. Está enfermo. Gripe. No recibe visitas de ninguna clase, excepto la de un viejo doctor, llamado Harold Whither. Es un lugar tranquilo, aislado. Si cortamos el teléfono, Bartley no tendrá escapatoria.

—¿Has observado si alguien vigilaba la casa? Policía, quiero decir —preguntó Brett Houlton.

—No hay policía. El lugar está desierto. Por otra parte, yo tengo olfato para oler a la *pasma* en cien metros a la redonda —respondió Smith.

—Entonces... iremos allí, esta noche. ¿Estás de acuerdo, Milton? —inquirió Brett, volviéndose hacia el ciego.

El vaso que Milton Shigow tenía entre las manos se quebró.

—Es lo único que deseo —murmuró.

* * *

A las diez, Sean
O'Sullivan

relevó a Dean Garlins en su puesto de observación, situado en una casa deshabitada, a cincuenta metros de la mansión de Bartley.

—Una noche más de inútil espera —murmuró con rabia cuando, un momento después, se sentó detrás del teleobjetivo de la cámara instalada tras una ventana.

Conocía ya a la perfección todos los detalles de la casa de Bartley. Había una rotonda de entrada, con una gran escalinata en mármol, y una bella fachada estilo ranchero, cubierta por un porche

de treinta metros de longitud. Detrás estaba el cuidado jardín inglés, la piscina y el garaje.

Aburrido, descolgó el teléfono y estableció contacto con Fred Gowell, que montaba su vigilancia en un bar situado a doscientos metros, justamente a la entrada de la calle.

En principio,
O'Sullivan

había mantenido día y noche un retén de seis policías en los alrededores de la casa. Pero después, cuando fueron pasando los días y transcurrió toda una semana, míster Tell juzgó que era demasiada gente y disminuyó la plantilla.

—Piola, Fred. ¿Cómo van las cosas por ahí? —preguntó.

—Estoy aburrido. He tomado ya un refresco y fumado un montón de cigarrillos. Pasan pocos coches. La noche está desapacible. Comienza a llover. Pronto el bar estará desierto y tendré que meterme en mi coche.

—Permanece atento, de todas formas. Y no olvides de avisarme si ves que alguna persona sospechosa penetra en esta calle. Hasta luego; te llamaré más tarde.

Colgó y encendió un cigarrillo. La habitación estaba a oscuras. Sólo se distinguía la brasa del pitillo.

Casi se había adormecido cuando el teléfono comenzó a repiquetear. Miró el reloj y comprobó que eran las once y treinta minutos.

—¡Un coche acaba de penetrar en la calle,
O'Sullivan!

Se trata de un «Cadillac» verde, muy nuevo. Escucha, no pude verlo muy bien, pero me pareció que el hombre que lo conduce es... manco —exclamó Gowell, con emoción contenida.

—¡Perfectamente, Fred! ¡Lo veo! Acaba de pasar ante mí, y se detiene frente al domicilio de Bartley.

—Entonces... ¡son ellos, Sean! Iré a echarle una mano.

—¡No! —gritó

O'Sullivan

—. Tienes que llamar a la oficina. Comunícate con míster Tell e infórmale. Y luego montarás guardia ahí, por si intentan escapar. No hay otra salida; tendrían que pasar delante de ti.

—Okay, Sean. Voy a llamar a la oficina. No me moveré de aquí

—respondió Fred Gowell.

O'Sullivan

colgó el teléfono y miró ansiosamente a través del monocular. Se había distraído unos segundos, hablando con Gowell. Ahora el automóvil estaba ante el porche de la casa de Bartley, vacío, al parecer.

Dudó. ¿No era descabellado lo que estaba pensando? Lo razonable era esperar a que llegasen refuerzos, rodear la casa y conminar a la rendición a los criminales que la ocupaban.

No esperó, sin embargo. A toda prisa, garrapateo una nota de aviso, la dejó sobre la mesa, junto al teléfono, y bajó.

Poco después, se acercaba al «Cadillac» verde, y comprobaba que estaba vacío.

Entonces contorneó la casa y avanzó cautelosamente hacia el gran ventanal, a través del cual se filtraba una luz amarillenta.

Rodeó un seto de laurel. Súbitamente, una sombra se precipitó sobre él.

Inútilmente dobló la cintura, en un desesperado intento por zafarse del golpe. Un objeto contundente le golpeó en la sien derecha y le derribó.

Atontado, todavía hizo un esfuerzo desesperado por desenfundar su revólver. No lo consiguió; la persona que le había atacado redobló sus golpes con salvaje violencia, hasta que

O'Sullivan

perdió el conocimiento.

Lo recuperó quince minutos después. Abrió los ojos y tuvo que entornarlos porque la luz de una pantalla le deslumbraba.

El insidioso rostro de Jack *Ladder* Smith se aproximó al suyo.

—Quieto ahí,

O'Sullivan.

Como puede comprender, las cosas han cambiado, por desgracia para usted. Ya no va a golpear más al «pobrecito» Ladder. Porque ahora soy yo quien tiene una pistola en la mano. Y para que se convenza, condenado poli...

De repente, su mano se movió y el cañón de la pistola de Ladder hirió el rostro del

G-Man,

marcando un profundo surco rojizo sobre la mejilla.

O'Sullivan

aguantó un gemido de dolor.

Había otras personas en el gran salón de la casa de Bartley. Dos hombres estaban tendidos en el suelo, atados como salchichas. Eran, según imaginó

O'Sullivan,

servidores de Bartley.

El propio Bartley yacía sobre el suelo, a tres metros de O'Sullivan.

La sangre que había manado de su cráneo manchaba el piso de madera.

¿Lo habían matado?

—No está muerto... aún —dijo alguien, tras él.

O'Sullivan

sufría un horrible dolor de cabeza, pero se volvió y vio a Brett Houlton.

El ciego se había sentado sobre un diván y fumaba un cigarrillo. Más allá, la mujer cuyo rostro estaba velado por un pedazo de tela negra, se retorció nerviosamente las manos.

—No hay grandes esperanzas para ustedes —dijo

O'Sullivan

—. El FBI rodea ya esta casa. Lo más sensato es que se entreguen. Al menos, salvarán la vida.

Sus palabras parecieron impresionar a la mujer.

—¡Lo temía, lo temía! —sollozó—. Traté de convencerlos, pero no me oísteis, ahora todo está perdido.

—¡Cállate! —rugió Houlton, aproximándose a ella—. Este hombre miente para salvar la vida, eso es todo.

—¡Tiene razón! —gritó chillonamente Ladder Smith—. He estado ahí fuera y no he visto a nadie.

O'Sullivan

vino solo.

—No sean estúpidos —dijo el

G-Man

—. Mis compañeros son hombres bien entrenados, no se dejarán ver hasta el momento oportuno. Créanme, no podrán huir.

Brett Houlton se inclinó sobre él. En sus ojos brillaba la locura.

—¡Se equivoca,

O'Sullivan!

—gritó—. Saldremos, aunque la casa estuviera rodeada por todo un ejército. ¡Usted será nuestro escudo!

En aquel instante, oyeron un gemido. Bartley se removía en el suelo.

Advirtiéndolo, Houlton ordenó a Ladder:

—Átele las manos a

O'Sullivan,

no me fío de él.

—Vuélvase, «poli» —gruñó Smith, ansioso por martirizarle—. Tiéndase boca abajo o le machacaré los sesos.

Obedeció. ¿De qué servía resistirse tontamente?

Entretanto, Houlton había alzado del suelo a Bartley y le zarandeaba como si fuese un monigote.

—¡Al fin, al fin, maldito! Te tengo en mis manos. Y vas a morir. Ya no nos importan las piedras preciosas que nos robaste. ¡Sólo queremos matarte! Hemos recorrido un largo camino hasta ti, pero ahora ha llegado tu hora —gritó, fuera de sí.

De un empujón, Houlton despidió a Bartley, que cayó al suelo pesadamente, y rodó sobre él hasta chocar contra un mueble.

De improviso, Bartley se puso en pie con sorprendente agilidad, y apoyó su espalda en el muro. Alzó una mano y la apoyó sobre el aplique luminoso sustentado en la pared.

Viendo que Houlton iba a saltar sobre él, Bartley gritó desesperadamente:

—¡Quietos todos! Si das un paso más, la casa entera volará, desde sus cimientos.

Houlton se había detenido en seco, temeroso.

—¡No es verdad! —gritó, espantado—. Tratas de atemorizarnos, ¿no es cierto, canalla?

Bartley lanzó una carcajada.

—Crees que miento, ¿eh? Pues bien, si quieres convencerte de que digo la verdad, sólo tienes que acercarte. No tengo más que girar este brazo hacia la derecha y ¡zas!, todos desapareceremos. Sí, siempre temí que un día corriera peligro mi vida. Y vuestra presencia ha venido a confirmar mi desconfianza. Por eso miné toda la casa. En cada habitación hay un contacto eléctrico disimulado. Están situados en lugares tales que no pueden ser accionados por

error. Si tengo que morir, ¡moriremos todos!

Ladder maldijo en voz baja; Eva Hunter y Brett Houlton se estremecieron;

O'Sullivan

comenzó a reptar por el suelo, aprovechando que nadie le prestaba atención.

Todos parecían sobrecogidos de espanto. Todos... menos Milton Shigow, que acababa de ponerse en pie lentamente y se aproximaba, tanteando el suelo con su bastón, hacia el lugar que ocupaba Bartley junto al mueble-bar.

—¡Detente, Milton! —gritó Bartley—. No me obligues a provocar la catástrofe. Si das un paso más...

Milton siguió avanzando hacia él, inexorable.

Entonces Bartley prorrumpió en alaridos.

—¡No quiero morir, no quiero morir ahora! Tengo todo lo que deseaba. Soy rico, poderoso..., puedo vivir muchos años aún. ¡Detente, Milton! —gritaba, espantado.

Al ver que Milton se aproximaba, Bartley dio un salto y escapó.

O'Sullivan

comprendió lo que iba a suceder, de un momento a otro. Vio cómo el ciego palpaba la pared, brazo en alto, torpemente.

Estaba junto a la ventana. Desesperadamente, consiguió ponerse en pie. Dio un salto y se precipitó contra los cristales, de cabeza.

El golpe contra el suelo, al otro lado, fue muy doloroso. Incluso así,

O'Sullivan

rodó vertiginosamente sobre sí mismo, en una loca carrera contra el tiempo.

De repente, el cielo oscuro resplandeció como un brillante amanecer. La explosión ensordeció sus oídos, y un viento diabólico le alzó en el aire y le proyectó contra los setos del jardín.

Cuando abrió los ojos, Howard Tell se inclinaba ávidamente sobre él.

—¡Al fin! —Gruñó, expeliendo con fuerza el aire contenido a presión en sus pulmones—. Creí..., creímos que esta vez no lo contaría, testarudo

O'Sullivan.

Había un médico junto a él. Más allá, unos bomberos

desenrollaban con urgencia una manguera a la luz del incendio.

O'Sullivan

torció la cabeza y vio la casa, sin techo ni ventanas, ardiendo por los cuatro costados.

—Los cadáveres están en el jardín. No se salvó ninguno. Están todos muertos —le informó Tell, adivinando sus pensamientos.

—Están todos muertos —repetió Sean, en un susurro—. Morir era lo único que en verdad deseaban con todas sus fuerzas. Y lo merecían.

* * *

Era un hermoso día de primeros de diciembre. Había nevado y todavía quedaban montones de nieve aquí y allá, pero el sol lucía, brillante, en lo alto.

Detrás del hombre y la mujer, iban quedan marcadas las rodadas de la silla de ruedas.

—No seas tonta, pequeña —murmuraba Sean

O'Sullivan

al oído de la doctora Norton—. Tú sabes que te necesito para vivir, tanto como tú a mí. Tus padres me han dicho que has aprendido a moverte con desenvoltura en esta silla, que incluso puedes ocuparte de la cocina y de todos los quehaceres de una casa. Serás una perfecta esposa.

—Oh, Sean. Pero yo...

—Nada de peros, muchachita. ¿Qué iba a hacer yo sin ti? Imagínate que volveré tantas noches del servicio, cansado y desilusionado. Tú serás mi consuelo y mi descanso, doctora. El nuestro será un hogar alegre, vivo, sin complicaciones. ¿Me aceptas como esposo, Glenda?

Ella tomó sus manos y las apretó contra su rostro con ternura.

—Acepto de todo corazón, amor mío. ¡No, no podría vivir lejos de ti! —murmuró, estremecida.

O'Sullivan

la besó suavemente en el cuello y prosiguió la marcha, silbando alegremente.

Se acercaban al estanque de los cocodrilos, cuando Glenda se aferró con todas sus fuerzas a los reposabrazos y se puso rígida.

—¡No! ¡Por ahí no, Sean! —gritó, desencajada.

O'Sullivan

detuvo en seco el cochecillo y rodeó los hombros femeninos con sus brazos.

—Pero, doctora, no hay nada que temer. Ya no habrá más bombas, ¿comprendes? —dijo.

Glenda suspiró y sus músculos se relajaron. Un momento después, reemprendían el paseo por el zoológico.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Explosivo plástico semejante a una masa flexible de color claro.

< <

[2] Perista: comprador de mala fe. Sujeto que compra objetos robados, a sabiendas de su ilícita procedencia. < <

[3] Para conferir un mayor dinamismo a la venta de automóviles usados, en Estados Unidos los vendedores están autorizados para extender un permiso provisional, que permite circular durante cierto plazo, hasta obtener el permiso definitivo. < <